3961

51

Emilia

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

MADRID.

—

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

EMILIA,

drama original en cinco actos,

POR

D. RAMON DE NAVARRETE Y LANDA.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1840.

PERSONAS.

EMILIA. (20 *años.*)
LUISA. (36 *años.*)
DOÑA CLARA. (50 *años.*)
LA BARONESA DEL BARCO. (56 *años.*)
ISABEL.
EL CONDE DE MARVAN. (22 *años.*)
EL MARQUES DE SAN JACINTO. (40 *años.*)
LEONCIO. (26 *años.*)
DON FERNANDO. (25 *años.*)
DON CARLOS.
DON FELIX.
ROSA. . . }
FAUSTA. } *Criados.*
PEDRO. . }

La escena es en Madrid los tres primeros actos, y los dos últimos en una casa de campo de las inmediaciones.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 8 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

AL EXCMO. SEÑOR

D. Santiago Mendez de Vigo,

Mariscal de Campo de los Ejércitos Nacionales, Capitan General de la isla de Puerto Rico, &c., &c.

En señal de aprecio y respetuoso cariño,

SU SOBRINO

R. DE NAVARRETE Y LANDA.

672130

ACTO PRIMERO.

Salon en casa de Doña Clara, elegantemente adornado.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA. EL CONDE. (*Sentados.*)

Clara. En 1819 nos hallabamos mi esposo y yo en Sevilla. Perseguido aquel por sus opiniones políticas, vivia muy retirado y con un nombre supuesto. Una noche del mes de Mayo estabamos en nuestro jardin, aspirando el aura suave y embalsamada, que sucede al calor del dia bajo el ardiente y despejado cielo andaluz: pensabamos en los medios de eludir la vigilancia de la policía, que ya sospechaba nuestro refugio, cuando un fuerte aldabonazo en la verja que daba al campo, vino á interrumpir nuestras reflexiones. Acudimos ambos presurósos; pero solo distinguimos, entre las tinieblas que la luna disipaba apenas, una figura elevada que mas bien que correr, parecia desvanecerse entre las sombras, cual sutil y aërea fantasma, despues de haber dejado á nuestra puerta un lindo canastillo cubierto de un finísimo cendal. Alzámosle al instante, y ya me lo figuraba yo... vimos en el fondo una niña recien-nacida... unos de esos tipos celestes que Murillo y Rafael solian colocar en brazos de sus divinas *Madonas*. Debajo habia un billetito cerrado; este es, y dice asi: "A vos, señora, á quien solo por la fama de su caridad y sus virtudes conoce, os fia una madre el fruto de un amor desgraciado. Mandad cristianar á esa criatura, y guardadla, quizás siempre, como un depósito sagrado. Si asi lo haceis, será recompensada vuestra bondad, y

sino en la tierra, indudablemente en el cielo.” Al dia siguiente, y para eludir las pesquisas de nuestros perseguidores, tuvimos que ponernos en camino para Córdoba: alli recibió el pobre angelito el agua del bautismo. Los sucesos de 1820 nos permitieron volver en breve á la corte, donde á poco tiempo quedé viuda...

Conde. ¿Y nada habeis sabido...?

Clara. Nunca; los primeros años hizo practicar mi marido las mas prolijas averiguaciones. Todo fue en vano; el velo mas impenetrable cubria este misterio; por eso al morir aquel, me exigió que á todos, á nuestro propio hijo, que á la sazon se educaba en un colegio en Francia, ocultase el origen de Emilia, revelándoselo únicamente al que algun dia la ofreciese su mano. Un fin nos proponiamos en esto: que Leoncio creyese á Emilia su hermana; que si nosotros faltabamos antes de verla establecida, le quedase un apoyo seguro, cimentado en los vínculos de la sangre. No os callaré otro proyecto que halagaba los dias de mi viudez. Cuando volvió Leoncio de Francia, era muy niño aun, y quise observar si las gracias de Emilia hacian algun efecto en su alma: al principio la mostró un ardiente y tiernísimo cariño, mas vehemente que el fraternal, pero tan puro como este. Yo me proponia manifestarle en adelante la verdad y unirlos eternamente con los lazos del matrimonio. Mas de repente se agrió el carácter de mi hijo; mostró despego y casi mala voluntad á Emilia, evitando nuestra presencia y nuestras caricias. Diariamente se aumentaba su misantropía y su esquivez, hasta que por último me declaró que iba á seguir la carrera de la iglesia. No quise oponerme á su voluntad, y ya hace un año que pronunció los últimos votos, y que la corona sacerdotal santifica su cabeza. Desde entonces ha subido de punto su austeridad, y con dolor lo digo, su egoismo. Estas razones fortificaron mi resolucion, y aun ignora, y hubiera ignorado siempre, el origen de Emilia, si en cumplimiento del deseo de mi marido, no me hubiera obligado á revelároslo la oferta que me acabais de hacer. Decid ahora si aun persistís en vuestro propósito.

Conde. Ya lo sabeis, señora; yo desprecio esas vanas preocupaciones de nacimiento y de clase. El mismo Dios que me ha hecho conde de Marvan, pudiera haberme hecho tambien oscuro y miserable; y si entonces yo habria deseado no ser despreciado ni escarnecido, ¿por qué me he de prevaler hoy de una ventaja que debí á la suerte para hollar lo que en otra condicion hubiera yo querido ver respetado? Emilia no tiene padres; es tal vez bastarda; ¿y es por eso menos digna de cariño, de admiracion? ¿Han de apartarse de ella los que sepan el misterio de su nacimiento, mirando esto solo y sin advertir sus virtudes, ni sus talentos...? Vos, señora, la habeis dado vuestro nombre, y con él la habeis ennoblecido; mañana la daré yo tambien el mio, y la condesa de Marvan será tanto mañana como esas damas orgullosas que hoy la despreciarian si supiesen su origen.

Clara. ¡Ah! ¡Señor conde...! Esas palabras me hacen la mas feliz de las mugeres. Pero ¿sabeis si Emilia os ama?

Conde. Lo ignoro aun. Solo un mes hace que la conocí en casa de la baronesa del Barco, y desde aquella noche la adoré. Libre, independiente, y dueño de una fortuna inmensa, creí que nadie era mas digna que ella de poseerla, asi como mi corazon. Yo habia tratado en Francia á Leoncio, y aun estuvimos algun tiempo en el mismo colegio. A él me dirigí para manifestarle mis proyectos acerca de la que yo creía su hermana. Pero me pareció que me oía con disgusto, y en consecuencia me resolví á presentarme en vuestra casa. Aun no ha salido de mis labios una palabra de amor, dirigida á Emilia; sin embargo, estoy seguro de que lo conoce, y aun me lisonjeo de que corresponde á él. Creo por tanto que es llegado el caso de que la hableis, y de que procureis saber el estado de su corazon; quiero que nada la oculteis, que sepa que yo desprecio las preocupaciones del mundo, y que no busco en ella mas blasones que sus virtudes, ni mas riquezas que su cariño.

Clara. ¿Con que juzgais que debo manifestarla...?

Conde. Todo, señora; asi os amará aun mas, si es posible, porque sabrá que lo que una madre hace por deber, vos lo habeis hecho por afecto solamente.

Clara. ¿Y cuándo quereis que la revele este secreto?

Conde. Ahora mismo; decidla que he cumplido veinte y dos años, y que no me he precipitado en ninguno de esos abismos cenagosos que estan hoy abiertos á los pies de la juventud. Decidla que puedo alzar la frente delante de todos, porque en ella no hay ninguna mancha que la oscurezca.—Yo no he participado nunca del egoismo ni de las bajas pasiones de nuestra sociedad, y me atrevo á aseguraros que tampoco participaré de ellas en adelante; porque siento en mí mismo sobrada fortaleza, sobrado vigor para sostenerme firme é incorruptible en la senda resvaladiza de la vida.

Clara. Solo teneis veinte y dos años, señor conde; no confieis tanto en vuestras propias fuerzas. Esa edad es la de las ilusiones y de la poesía; esa es en la que el hombre lo mira todo por un dorado y engañoso prisma. Entonces cuando se cree mas fuerte, es tal vez cuando mas pronto sucumbe. Es necesario ser indulgente con los demas, porque quizás todos habremos menester de la misma indulgencia mañana. Señor conde, la edad ha emblanquecido mis cabellos: cincuenta años de esperiencia me han enseñado á temerlo todo, y yo misma no me atrevo nunca á hacer alarde de un vigor que tal vez me arrebataria el acaso. Veo que no pensais como yo; ojalá siempre conserveis ese orgullo, esa valentía generosa, porque será prueba de que os manteneis puro y sin tacha. Pero yo temo que algun dia llegueis á confesarme que en el mundo todos pagamos tributo á la flaqueza humana, unos mas tarde, y otros mas temprano... Perdonad mi franqueza; yo hablo al que ha de ser esposo de Emilia, no al conde de Marvan.

Conde. Podeis hacerlo, señora.

Clara. Ahora mismo voy á cumplir vuestros deseos; podeis escuchar nuestra plática desde ese gabinete.

Conde. Dedidla cuánto la adoro; decidla que es mi primer amor, y que será tambien el último. (*Entra en un gabinete.*)

ESCENA II.

DOÑA CLARA. *Despues* FAUSTA.

Clara. ¡Su primero y último amor!! Esto no me gusta... ¡Temo tanto estos corazones inespertos, confiados...! Sin embargo, tiene un fondo de bondad que por Dios me encanta... Ademas, mi palabra está empeñada, y es un partido que una muger sensata no debe nunca despreciar. Sí, sí... llamemos á Emilia. (*Tira de una campanilla. Sale Fausta.*) ¿Está en su cuarto la señorita?

Fausta. Sí señora.

Clara. Que venga aqui al instante.

Fausta. Muy bien. (*Vase.*)

Clara. Hace dias que la veo triste, pensativa... desde la noche que el conde la habló por primera vez en el baile de la baronesa. ¿Le amará ya? Mucho, muchísimo me alegraría.

ESCENA III.

DOÑA CLARA. EMILIA.

Emilia. ¿Me llamais?

Clara. Sí; acércate, hija mia. Ha llegado el instante de revelarte un secreto que hace veinte años guardo en mi corazon.

Emilia. ¡Me haceis temblar!

Clara. Reune todas tus fuerzas para escucharme: ármate de valor, Emilia. Voy á descorrer el velo que ocultaba el misterio de tu existencia.

Emilia. ¡Gran Dios! ¿Acaso no soy vuestra hija?

Clara. No.

Emilia. ¿No lo soy decís? Pues entonces ¿á quién debo la vida?

Clara. Lee. (*Le da el billete que enseñó al conde.*)

Emilia. ¡No sois mi madre...! (*Con desconsuelo.*)

Clara. ¡Qué importa que no te haya dado el ser, si durante veinte años me he estasiado con tu cariño, si me he gozado en tu hermosura, si te he llamado siempre mi hija!! (*Abriéndole los brazos.*)

Emilia. ¡Ah! ¡madre mia!! (*Se arroja en ellos.*) Permitidme que os dé aun este nombre. ¡Renunciar á él, al solo qué me era caro... no... no podré...!!

Clara. ¡Serénate, por Dios! Siempre, siempre me lo darás. Pero lee...

Emilia. No, no; decídmelo vos: la verdad no será tan horrible en vuestros labios. ¿Quién soy yo? ¿Quién? ¡Oh! no, no: ¡callad...!

Clara. Tranquilízate.

Emilia. Dadme ese papel. La realidad nunca es tan amarga como la sospecha. (*Toma el papel, lo lee y esclama.*) ¡Ah! me abandonaron inhumanamente... vos me recogísteis de misericordia... ¡Yo no tengo padres...! ¡Soy espósita...! (*Cae desmayada. En este momento aparece en la puerta del fondo Leoncio y oye las últimas palabras.*)

ESCENA IV.

DICHAS. LEONCIO.

Clara. ¡Hija mia!

Leoncio. ¿Será posible...? Señora, ¿es verdad lo que acabo de oir?

Clara. ¡Leoncio!

Leoncio. ¿Es verdad? responded.

Clara. Sí, Emilia no es tu hermana.

Leoncio. ¿No? ¿Y por qué me lo ocultásteis?

Clara. Lo exigia un juramento sagrado, que hasta ahora no he podido romper. (*Alargándole la carta.*)

Leoncio ¡Oh! (*La lee rápidamente.*)

Clara. Emilia, hija mia, vuelve en tí.

Leoncio. ¡Qué martirio!

Emilia. ¡Ah! ¡Sois vos, madre mia! Permitid que aun os dé este nombre... ¡Y vos, Leoncio, á quien con tanto placer llamaba mi hermano...! Todo fue una ilusion, una ilusion que era mi vida, y que hoy se deshace como leve polvo. Compadecedme los dos, y amad como antes á esta pobre criatura, débil y abandonada, sin mas patrimonio que su existencia misteriosa, sin mas bienes que vuestro cariño, que vuestro amor. Decidme que siempre me amareis.

Clara. ¿Lo dudas?

Emilia. Nó, de vos no, que tantas pruebas me habeis dado de ello... Pero Leoncio... creo que no habiéndome querido como á hermana, tampoco me amará cuando sabe que no lo soy.

Leoncio. Bien sabeis mi carácter frio, reservado... ¿Pero no sabéis tambien que en las montañas cubiertas de nieve se forman los volcanes que brotan fuego...?

Clara. Hija mia, no llores mas, y llámame siempre tu madre. Eternamente me envaneceré con este nombre, que tan dichosa me ha hecho durante veinte años, y al pronunciarlo ahora como siempre, me estasía y me enagena. Serénate y escucha: tengo que revelarte tambien otro secreto; pero este no será una nueva espina para tu corazon, sino el bálsamo que ha de curar la llaga que la otra ha abierto. ¿Estás dispuesta á escucharme?

Emilia. Sí, hablad.

Clara. Tú conoces al conde de Marvan...

Leoncio. ¡Cielos!

Clara. Pues bien, hace un momento que acabo de verle.

Emilia. ¿Ha estado aqui?

Clara. Y el objeto de su visita no ha sido otro que el de pedirme tu mano. Nada ignora. Todo se lo he revelado. Pero el alma del conde es demasiado noble y generosa para apreciar esas grandes pequeñeces de nacimiento y de clase. Él desprecia tan vanas preocupaciones, y en tu desvalimiento halla un nuevo título á su amor.

Leoncio. ¡Otra nueva tortura! (*Aparte.*)

Clara. ¿Pero qué, nada respondes, y bajas la vista, confusa y ruborosa? ¿Acaso no le amarás?

Emilia. ¡Ah! Señora... ¿Quién no ha de amar al conde?

Leoncio. ¿Vos le amabais, Emilia?

Emilia. Sí, hermano.

Leoncio. ¿Y á nadie habeis amado antes?

Emilia. A nadie: á él solo.

Leoncio. ¡Oh! Sí:.. ¡el conde lo merece! No le dilateis esta nueva, señora; ella le va á hacer tan feliz... ¡porque en el mundo solo es comparable el placer de ser amado, á la amargura de no serlo...! ¡Sí, madre mia, escribidle vos misma; decidle que Emilia... le adora!!

¡Este enlace nos va á hacer á todos tan dichosos...!

Clara. ¡Asi lo creo! Nunca te he visto mas gozoso, hijo mio.

Emilia. Pero decidme, madre mia, decídmelo vos tambien, Leoncio, ¿es esto realidad? Y si lo es, ¿por qué no viene el conde á escuchar mi respuesta? ¿Por qué no viene á oirla? ¿Dónde está? (*El conde sale del gabinete y se acerca á Emilia, y á las últimas palabras se echa á sus pies.*)

ESCENA V.

DICHOS. EL CONDE.

Conde. Aqui, loco de alegría, á vuestros pies. (*Emilia al verle da un grito y se arroja en los brazos de doña Clara ocultando el rostro en su seno.*)

Emilia. ¡Ah!

Leoncio. ¡Este hombre ha nacido para ser feliz!! (*Se retira á un estremo del salon.*)

Conde. Perdonad mi atrevimiento; pero al escucharos no fuí dueño de mí mismo. Vos no podeis figuraros el torrente de placer que vuestras palabras han vertido en mi alma. Mas no volvais el rostro, no le escondais. Nunca ha debido estar mas radiante, porque el amor es como la luz, que todo lo anima y embellece.

Clara. ¡Emilia!!

Emilia. Qué imprudente os habré parecido... (*Volviendo la cabeza.*)

Conde. ¡Qué hermosa me pareceis ahora! Pero repetídmelo á mí, aqui en presencia de vuestra madre, de vuestro hermano, porque ellos lo serán siempre; repetid esas palabras que antes oí, y que no me han hecho morir de alegría, porque solo se muere de dolor. No, no bajeis la vista: miradme y decidme — "es verdad lo que habeis oido," — y luego responded si aceptais mi corazon y mi mano.

Emilia. Nada ignorais: bien sabeis que mi origen es un arcano, un misterio para todos.

Conde. ¿Y qué importa ese vano fantasma que en el mundo se llama nombre, y que muchas veces es el manto que encubre las vilezas y las demasías de los

hombres? ¿Qué significa esa pretendida nobleza de nacimiento, cuando está el alma huérfana de virtudes, cuando cien blasones y cincuenta apellidos apenas son bastantes para ocultar la hediondez, la deshonrosa miseria del vicio...? Juana de Arco era pobre y oscura, y su valor la hizo célebre é ilustre. Shakespeare conquistó su nombre solo con genio; Napoleon le conquistó con su grandeza. Es de mas precio la nobleza adquirida que la heredada: la primera será siempre producto del valor ó del talento; la segunda suele desmentirse en la vida con los hechos y con las acciones... ¿Y habia yo de despreciaros porque habeis tenido la desgracia de no conocer un padre, ni de heredar sus títulos y sus blasones? Emilia, al lado de esas mugeres orgullosas de su estirpe y de sus riquezas, bien podeis vos alzar la frente y mirarlas serena, porque quizás su vida ni su fama no estan tan puras como las vuestras. Y desde mañana si quereis, á la aristocracia de la virtud con que el cielo os dotó, podreis unir la de la clase, y desde mañana podrá llamarse Emilia, condesa de Marvan y Rosa-blanca. Decid vos misma ahora si sois tan pobre como creeis: si yo soy tan rico como vos.

Emilia. Conde de Marvan, Dios os ha hecho noble y poderoso, á mí desvalida y oscura; á vos os ha dado honores y consideracion, á mí amargura y lágrimas... Pero si la fortuna me hubiera deparado un cetro, una corona, un trono, para vos hubieran sido, como es para vos lo único que poseo, mi corazon. Sin embargo, hay una persona en el mundo á quien todo lo debo, menos la existencia, y yo seguiré ciegamente su voluntad.

Clara. Mi voluntad se cifra solo en hacer tu dicha. Conde, tomad su mano: yo os entrego el tesoro que he guardado durante veinte años; yo os entrego mi hija: hacedla siempre tan feliz como merece.

Conde. Yo os lo juro, señora; y ahora señalad el dia que debe asegurar mi ventura.

Clara. De hoy en dos meses.

Conde. ¡Dos meses! ¡Es demasiado!

Clara. Quizás muy poco: los grandes monumentos no

se erigen en un año; las grandes pasiones no se consolidan en un dia. Para aquellos es menester echar sólidos cimientos; para estas son precisas sobre todo hondas raices. Los sentimientos son como los árboles, que cuando tiernos los arranca el menor viento, y cuando se han arraigado y crecido, es necesario todo un huracan para desgajarlos; por eso se debe fortalecer vuestro cariño, para que el huracan de las pasiones no le arranque quizás mañana.

Conde. Ese temor...

Clara. Es justo, mucho mas con vos, que os preciais de incorruptible y de sensato. Ya lo sabeis, dos meses... no es largo el plazo, y cuando se cumpla, Leoncio mismo, mi hijo, bendecirá vuestros lazos en el altar de Dios.

Leoncio. ¡Yo!!

Conde. Sois harto severa conmigo...

Clara. Decid precavida. Conozco un poco el corazon humano, y por eso os temo. No me precio de infalible, ni pongo nada en duda; pero la edad, la esperiencia, han justificado casi siempre mi prevision.

Conde. Sois tan buena, que aunque debiera enojarme de vuestra injusticia, no puedo mas que amaros y respetaros. Pero recordad que habeis dicho dos meses...

Clara. Os doy mi palabra, que aunque muger yo tambien la tengo... Ahora si gustais venir con nosotras, iremos al Prado á disfrutar de ese bálsamo del cielo que se llama el sol.

Conde. Abajo está mi carretela.

Clara. Al momento salimos. Ven, Emilia.

Emilia. ¡Qué hermoso debe estar hoy el Prado...! (*Alargándole la mano al conde.*)

Conde. ¡Un paraiso debe parecerme hoy!

ESCENA VI.

EL CONDE. LEONCIO.

Conde. ¡Hasta ahora (*Mirando enagenado á Emilia: luego vuelve adonde está Leoncio.*) ignoraba yo lo que es la felicidad! ¡Pero vos, Leoncio, siempre triste,

siempre pensativo...! Veo que no tomais mucha parte en la alegría de vuestra familia.

Leoncio. Os equivocais... me intereso vivamente por Emilia, á quien siempre miraré como á una hermana. ¡Veinte años la he creido tal!!

Conde. ¡Y veinte años la habeis odiado tal vez...! Sí, lo conozco; actualmente ni compasion os inspira.

Leoncio. ¡Compasion cuando va á unirse con vos, cuando va á ser feliz...! Eso fuera injuriaros, señor conde; eso fuera pensar mal de vos, y yo ningun motivo tengo para ello.

Conde. Os agradezco la lisonja, pero...

Leoncio. Ya sabeis que yo á nadie adulo ni lisonjeo.

Conde. ¿Porque sois quizás demasiado orgulloso para suponer que haya alguno á quien tengais que tributar incienso?

Leoncio. No; porque hay pocos en la tierra á quienes con justicia se les pueda tributar; porque el oficio de adulador es bajo, aunque sea el de adulador de un rey; y porque gracias al cielo no he menester de esa bajeza para llevar el sustento á la boca.

Conde. Luego, si lo necesitaseis para vivir, adulariais...

Leoncio. Soy hombre, señor conde, y no dudo que entonces habria en mi corazon tanta miseria como en los demas.

Conde. Si por lo menos nadie os puede llamar amable, nadie tampoco os puede tachar de reservado. Pero sin embargo de cuanto me decís, juzgo que sois un tanto insensible y despegado.

Leoncio. Lo dije antes, y ahora lo repito. Asi es mi carácter: no soy afectuoso, no soy espresivo; pero en cambio amo mas tal vez, que algunos que blasonan...

Conde. ¿Es invectiva?

Leoncio. No contra vos.

Conde. A la verdad que estoy tentado á creer lo que de vos se piensa... que sois egoista; que vuestro provecho y vuestra utilidad son los únicos móviles de vuestras acciones...

Leoncio. ¡Ah! ¿Eso se piensa...? Que soy egoista... interesado, falso quizás... ¿y por qué? porque no adulo ni lisonjeo á nadie... porque paso mi vida en la os-

curidad y en el retiro... porque no me mezclo en intrigas, ni hago alarde de inmoralidad ni de depravacion... ¡asi es la sociedad...! El que no participa de sus vicios, el que los huye, ese es egoista... ese es falso. Al que, nuevo don Quijote, quiere corregirlos, se le escarnece y se le denuncia á la risa pública. Yo, que no he pretendido jamas lo que creo dificil, sino imposible, he tenido que obtar entre el empleo de verdugo ó el de víctima; he elegido este último, he entregado mi reputacion libre de toda mancha para que la despedacen y laceren... ¿Qué importa aparecer hipócrita á los ojos de algunos, si aqui, aquì solo es donde está el premio de haber obrado bien? (*Señalando al corazon.*)

Conde. Sois sobrado severo... harto injusto... la sociedad os ha respetado y os respeta...

Leoncio. Llamándome egoista, ¿no es verdad? porque no puede llamarme perverso. Si me equivoco en esta opinion que tengo formada de los hombres, culpa es tal vez de que he sido siempre engañado... culpa quizás de que veo las cosas como en sí son. Y estoy muy contento de no haber hecho como hacen todos hoy dia: engañar despues que han sido engañados: desquitarse de haber sido necios con ser malvados.

Conde. Esas máximas...

Leoncio. Perdonadme, conde, nosotros no podremos estar nunca de acuerdo. (*Le saluda y se entra.*)

ESCENA VII.

EL CONDE. *Despues* EMILIA.

Conde. ¡Qué altanería! ¡Qué abstraccion de sí mismo! Con ellas quiere encubrir su insensibilidad y su cinismo, que aun al través de ellas se vislumbran. No: Leoncio no podia ser el hermano de Emilia: Leoncio, hipócrita y falso, no podia ser hermano de un angel.

Emilia. ¿Os han dejado solo?

Conde. No: estaba conmigo vuestra imagen, ahí, en ese mismo sitio, donde ha poco escuché que me amabais... No bajeis los ojos: no os ruboriceis... fueron vuestras

palabras no el grosero artificio de la coquetería, sino la franca espresion del cariño; porque me amais, ¿no es cierto?

Emilia. Sí; ¡con toda mi alma!

Conde. Como yo os amo tambien, con delirio, con entusiasmo; como á la luz del dia el que ha estado ciego toda su vida.

Emilia. Seguid: ¡os oigo con tanto placer...!

Conde. Nunca habeis amado, ¿verdad...? yo tampoco... los dos esperimentamos hoy por primera vez lo que es vivir, porque no amar es la muerte del corazon, es... ¡Oh! repetidme que yo soy vuestro primer amor.

Emilia. Yo os lo juro.

Conde. Vereis qué existencia tan nueva ha empezado para nosotros. Vereis cómo todo lo que nos rodea parece haber adquirido mayor brillo, mayor esplendor. Mirad sino al sol; decidme, ¿os ha parecido nunca tan refulgente ni tan sereno?

Emilia. Nunca.

Conde. Contemplad tambien esa alfombra de Dios, que se llama el campo, esa bóveda magnífica y azul que se llama el cielo... decidme, ¿os ha parecido nunca aquel mas hermoso, nunca este mas sublime?

Emilia. Jamas.

Conde. Y ahora poned primero la mano en vuestro corazon, y despues en el mio; ¿habeis sentido nunca dos corazones latir con igual fuerza? ¿Habiais oido nunca ese lenguaje mudo que ellos solos comprenden?

Emilia. ¡Jamas, jamas!

Conde. Pero vos no os sentís como yo trasportado á una nueva vida; vos no respondeis con palabras del alma á estas palabras que del alma salen...

Emilia. Antes habeis dicho que nos amamos como á la luz, el que por primera vez la mira: y ¿no queda aquel deslumbrado?

Conde. ¡Emilia mia!

Emilia. Sí, mi emocion solo me permite amar y sentir. ¡Se han sucedido hoy los acontecimientos con una rapidez...! He esperimentado tantas sensaciones diversas, que me encuentro como absorta, como asombrada. A veces dudo si realmente estoy despierta; ¡y

si es esto un sueño, Dios mio, que no termine jamas...!

Conde. No, no terminará nunca, porque nuestra felicidad va á ser eterna; interrumpida un breve instante por la muerte, continuará luego inmutable en el cielo.

ESCENA VIII.

DICHOS. DOÑA CLARA. DON FERNANDO. LEONCIO.

Fernando. Sí, la baronesa me ha encargado que os lo avise, para que vayais sin falta.

Clara. Pero aun no me habeis dicho cuándo es la funcion.

Fernando. Es cierto; soy tan distraido, tan... De hoy en quince dias. ¡Pero qué veo...! ¿Vos aqui, hermosa Emilia? ¿Y vos tambien, señor conde? Un siglo hace que no nos vemos; no vais al Prado, ni al Casino ni al Teatro, ni...

Conde. Estoy ocupado.

Fernando. Me parece que adivino la ocupacion. Vos estais enamorado... no falla... cuando no asistís á las *soirées*, ni á los espectáculos, vaya, no hay remedio, estais enamorado. Y me parece que no está muy lejos la persona (*Bajo.*) que tan mal os trae.

Conde. ¡Qué fátuo! (*Aparte.*)

Fernando. No temais. Yo tambien sé guardar un secreto; y ya que me haceis esta confianza...

Conde. ¡Yo...!

Fernando. Basta, basta; lo comprendo todo... á nadie se lo diré... (*A medias.*)

Clara. ¿Y qué se cuenta hoy por Madrid?

Fernando. Poca cosa: que el vizconde de Palma se va á casar con una gallega que le ama atrozmente. Es terrible un amor asi, tan piramidal, tan estúpido, tan... Es un anacronismo de este siglo; porque ¿qué placer han de encontrar esas gentes en amarse tan ranciamente? ¡Ah! ¿pero no sabeis ya que anoche al ir á comenzar el baile en casa de Adela, entraron sus acreedores y la dejaron sin un mueble siquiera, delante de todo el mundo?

Clara. ¡Cómo se quedaria!

Fernando. ¡Disparate! Citó á sus amigos para el jueves próximo, y dijo que tendria banca; ya se ve, como que necesita poner de nuevo la casa... Pero el lance mas gracioso que ocurrió allí, es que Zapata y la condesita del Sauce tronaron; ¿por qué direis? porque á ella se la antojó hacer un cariño á la gatita de Angola... Y creo que no os he contado aun lo mejor de todo, el suceso que tiene en movimiento á toda la crítica de Madrid; en fin, la obra maestra de las tonterías...

Emilia. ¿Y sabremos por fin cuál es?

Fernando. Voy á decíroslo; pero... vais á salir, ¿no es cierto? Pues entonces iremos todos juntos, y por el camino os contaré... vereis, ¡es lo mas original...! ¿Venís vos tambien, conde?

Conde. Tambien.

Fernando. Sí, sí; no hay duda: lo apuntaré en mi cartera, no se me olvide, y me tome otro la iniciativa. "El conde de Marvan hace el amor á Emilia; es probable que se casen." Aunque nada sé, ¿qué me importa asegurarlo? (*Este aparte le dice en tanto que Emilia se pone el sombrero al espejo: doña Clara y el conde hablan entre sí.*) ¿Estais ya?

Clara. Sí, vamos.

Fernando. Teneis muy buen gusto. (*Al conde.*) ¡Oh, la niña es preciosa!

Conde. ¡Callad! — El brazo... (*A doña Clara.*)

Fernando. Tomad el mio. (*Doña Clara le coge.*) Es menester dejar vivir á todo el mundo. Negadlo ahora. (*Al conde.*)

Conde. ¿Veis qué necio? (*A Emilia.*)

Fernando. Sí: yo os lo contaré... Ya sabeis que el marques de San Jacinto y la Luisa... (*Salen.*)

Conde. ¡Qué dichosos vamos á ser! (*Esto se lo dice á Emilia al salir: Leoncio, que está cerca, lo oye.*)

Leoncio. ¡Y yo qué infeliz!! (*Oculta el rostro con las manos, y se deja caer en un sillon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon en casa de la baronesa del Barco: por el fondo se distinguen otros ricamente adornados é iluminados.

ESCENA PRIMERA.

LA BARONESA, *en trage de baile, está sentada en un sofá.* DON FERNANDO *á su lado.*

Baronesa. Toda la buena sociedad de Madrid, debe venir esta noche á mi baile. Quiero que este eclipse á los de las embajadas, y que se diga que la reunion de la baronesa del Barco ha sido la mas brillante, la mas escogida del invierno.

Fernando. Ya, vuestro dinero os cuesta.

Baronesa. Es verdad; ¿pero qué placer, qué gloria no será para mí ver citado mi baile en los periódicos, como la mas aristocrática *soirée*? Hablaráse de la profusion de los refrescos, del adorno del salon, y se enumerarán las elegantes *toilettes*... Y á propósito, ¿qué tal está la mia? (*Se levanta y se acerca á un espejo.*)

Fernando. Como vuestra.

Baronesa. ¿No os parece que me han colocado mal estos marabuses...? ¿no os parece antiguo este *sevigné* de topacios?

Fernando. ¡Estais admirable...!

Baronesa. Lástima es que hayais exigido que me ponga estos pendientes falsos que me regalásteis ayer... ya se ve, como es espresion vuestra, he obedecido, que sino... ¡Cuánto mas bonita no es la cadena de oro que yo os dí...!

Fernando. Ya veo que solo apreciais los *cadeaux* por lo

que en sí valen... no por la memoria de amor que simbolizan.

Baronesa. No tal, Fernando, no tal. No os enfadeis... vaya: me parece que no estan tan mal como yo creía.

Fernando. Todo Madrid anduve para buscarlos. En las platerías no se puede entrar... (cuando no se tiene un cuarto.) Todo es en ellas antiguo, exagerado: en una palabra, un lastimoso *rococó*, como decíamos en París.

Baronesa. ¡Siempre París! Creo que os acordais mucho mas de él que de mí.

Fernando. ¡Estais insufrible! (*Se levanta con enojo.*)

Baronesa. Hagamos las paces. (*Siguiéndole.*) Vamos, tomad mi mano.

Fernando. ¡Qué hermosa es! (*Se la besa.*) ¡Y qué huesuda! (*Aparte.*)

Baronesa. ¡Adulador!

Fernando. Vais á escuchar tantas declaraciones esta noche, que temo me olvideis.

Baronesa. No, no: podeis estar seguro: os amo como no he amado á nadie.

Fernando. Y decidme, ¿qué os parece mi trage?

Baronesa. Elegantísimo.

Fernando. Por cierto que aun no lo he pagado... ya se ve, anoche perdí en el juego todo lo que tenia. Hoy estoy sin un duro siquiera.

Baronesa. ¿De veras? Pues yo quiero ser vuestra prestamista. (*Se dirige á un secreter y saca billetes de banco.*) Ahí teneis. Asi como asi, tambien esta mañana tuve yo que acudir á aquel sugeto...

Fernando. ¿A aquel que os presta, di...?

Baronesa. Chit... mas bajo. Pues bien, sí: ya conoceis que la funcion de esta noche me cuesta muy cara: esos suntuosos salones tan espléndidamente iluminados, ocasionan crecidos desembolsos.

Fernando. ¿Y cuánto habeis tomado á réditos?

Baronesa. Tres mil duros; pero dentro de un mes tendré dinero en abundancia. Voy á vender la hacienda de Requena... la última que me queda.

Fernando. Tambien espero yo dentro de pocos dias poder satisfaceros vuestros préstamos. Y á propósito, ¿á cuánto ascienden?

Baronesa. No sé; á una friolera. No hablemos de eso. Por ahora solo quiero pensar en mi baile, que no tardará en comenzar, segun veo, y en vuestro amor, que tan dichosa me hace. (*Cruzan por los salones varias personas.*)

Fernando. (*Aparte.*) Mas dichoso me hace á mí tu dinero.

Baronesa. ¿Qué deciais?

Fernando. Que los salones empiezan á llenarse, y que debeis apresuraros á hacer los honores de la funcion, con esa gracia, con esa finura que os distingue.

ESCENA II.

DICHOS. DON CARLOS. *Despues* LUISA.

Fernando. ¿Vos aqui? (*A don Carlos.*) Baronesa, os presento á una de las mas ilustres notabilidades de nuestra poesía romántica.

Baronesa. ¡Oh! sí: caballero, las noticias que tengo de vuestro talento os son muy lisonjeras. Vuestro nombre, tan conocido en el orbe literario... ¿Cómo se llama? (*Aparte á don Fernando.*)

Fernando. Lo ignoro. (*Id. á la baronesa.*)

Baronesa. ¿Pues no me le presentais? (*Id. á don Fernando.*)

Fernando. ¿Y eso qué importa? (*Id. á la baronesa.*)

Baronesa. Vuestras lindísimas composiciones...

Carlos. ¡Son aun en tan corto número...! Hasta el dia solo he publicado dos ó tres décimas y algunas charadas. Ya se ve, los editores son aqui tan tímidos, tan pacatos...

Baronesa. ¿Y en qué os ocupais ahora?

Carlos. Estoy escribiendo un drama terrible... filosófico y aterrador como los de Dumas, y lleno de vigor y de poesía como los de Victor Hugo.

Baronesa. ¡Oh! ¡Muy bien! Lo veremos.

Carlos. Si me permitís que os lo dedique...

Baronesa. Con mucho gusto... señor don... ¡es particular...! ¡He olvidado de repente vuestro nombre...! (*Óyese música en los salones durante todo este acto.*)

Carlos. Carlos Lainez.

Baronesa. ¡Cómo! ¿El pariente en tercer grado que me ganó el último pleito?

Carlos. ¡La baronesa del Barco! ¡La muger á quien mi madre me enseñó á maldecir desde que nací!! ¡Condenacion!

Fernando. ¡Ah! ¡ah! ¡estraña peripecia!!

Baronesa. Salid de aqui al instante.

Luisa. ¿Qué es esto, amiga mia...? ¿qué teneis?

Baronesa. Dispensadme, Luisa: no soy dueña de mí misma... ¡Atreverse á venir á mi casa...! Y vos, Fernando, que me le presentais...

Carlos. Vos que me traeis aqui sin decirme que era esta Eumenide...

Baronesa. ¡Insolente...!

Fernando. Perdonadme... yo sabia vuestro resentimiento, y he querido reconciliaros. Baronesa, siquiera porque yo lo deseo...

Baronesa. Entonces no me opongo. Picaron, (*A don Fernando.*) ¡cómo abusa del imperio que tiene sobre mí! Primo mio, olvido y reconciliacion... tomad mi mano. (*Alargándosela.*)

ESCENA III.

DICHOS. DOÑA CLARA. EMILIA. EL CONDE.

Clara. Baronesa...

Baronesa. ¡Amiga! Mucho os haceis desear. Iba á dar orden de que ya no se os recibiese. Vos tan linda como siempre, Emilita... Señor conde...

Luisa. Decid, Fernando, ¿no es ese el conde de Marvan?

Fernando. Sí señora.

Luisa. Dicen que se casa con Emilia.

Fernando. Es verdad: ¿y qué os parece ella?

Luisa. Es bonita, pero sin gracia, sin... Lástima que el conde haya reparado en esa chiquilla. (*Siguen hablando aparte.*)

Baronesa. Pasemos si gustais á los otros salones. Primo, acepto vuestra dedicatoria. (*A don Carlos.*)

ESCENA IV.

DON FERNANDO. LUISA.

Fernando. Si hubiese oido el marques esos elogios, por Dios que no le habrian gustado mucho.

Luisa. Siempre me está fastidiando con sus zelos.

Fernando. Esa es prueba de cariño.

Luisa. Yo quisiera que la suprimiese.

Fernando. No lo estraño: veinte años de relaciones son para cansar á cualquiera; y en el dia son un fenómeno todas las que pasan de dos meses.

Luisa. Esa máxima os comprende á vos, pues segun creo, cuenta ya de antigüedad un año el amor que teneis á otra antigüedad que yo me sé...

Fernando. Eso consiste en que el respeto dura mas que el cariño, y á los sesenta años se infunde lo primero, pero no lo segundo.

Luisa. ¡Pobre baronesa...! ¡Ella que os ama con tanta ternura...! El dia que la olvideis se va á matar.

Fernando. Es decir, si no lo ha hecho ya la tos ó el histérico.

Luisa. ¡Infeliz! ¡Cómo os burlais de su flaqueza...!

Fernando. No por cierto... yo siempre venero á la ancianidad.

Luisa. Hablemos de otra cosa. ¿Creeis que el conde de Marvan ame verdaderamente á Emilia?

Fernando. Mucho os ocupais del conde.

Luisa. Respondedme.

Fernando. Voy á hacerlo con franqueza. En mi opinion no duran esas ralaciones ni siquiera un mes.

Luisa. ¿Cómo?

Fernando. Ya lo vereis.

Luisa. Pues si me han asegurado que Marvan ha pedido la mano de Emilia, y que deben casarse dentro de poco.

Fernando. Acordaos de que os lo repito; esa union no se verificará.

Luisa. Eso es mucho asegurar.

Fernando. ¿Y por qué no tratais de desvancar á esa chiquilla? Vos gustais del conde...

Luisa. ¡Fernando!

Fernando. Perdonad, pero lo he conocido. Vamos, ¿quereis que os ayude? Es la cosa mas facil del mundo. Marvan es un muchacho sin mundo y sin esperiencia, cuyas pasiones siente ahora por la primera vez. Se cree fuerte, porque no ha tenido ocasion de ser débil, y desafia las seducciones de la sociedad, porque no las conoce. Vaya, animaos: la conquista es sencillísima para vos, y vereis, vereis cómo hacemos rabiar á esa alma cándida, angelical de Emilia. ¿Quereis que empecemos esta misma noche?

Luisa. ¿De qué modo?

Fernando. Voy á esplicaros mi plan estratégico. Yo sacaré á bailar un rigodon á la niña; en tanto vos ocupais su silla al lado del conde, travais conversacion con él, y le vais trayendo poco á poco á vuestras redes. Primero elogiais á Emilia... ¡Oh! esto es indispensable: despues aparentais huirle, afectais temerle, y os levantais... con esto basta; estoy seguro de que os seguirá hasta donde vayais. Entre tanto la otra se enzela, riñen, y entrais vos en posesion del dominio adquirido. ¿Que decís?

Luisa. Que no me parece mal dispuesto ese plan.

Fernando. Y lo adoptais, ¿no es cierto? ¡Perfectamente...! ¡Y vereis cómo se desespera el marques! ¡Será delicioso!

Luisa. Por esa razon tan solo estoy por hacer lo que me proponeis.

Fernando. Y porque el condesito no os parece del todo mal.

Luisa. No por cierto.

Fernando. ¿Con que estais decidida? ¿Comenzamos...?

Luisa. Si; pero escuchad mis órdenes. Ahora habeis de entrar en el salon; yo me quedo aqui... sacais á bailar á Emilia, no una, dos ó tres veces, si es preciso: en tanto yo ocuparé casualmente su puesto y...

Fernando. Lo demas escusais decirlo; tendeis vuestros lazos al conde, le aprisionais, y cuando cante el gallo esta noche, ya celebrará vuestra victoria. Pero cuenta no me dejeis á mí solo encargado de todo el riesgo de la empresa.

Luisa. ¿El riesgo?

Fernando. ¿Pues no...? ¿Sabeis cómo se va á poner la baronesa si me ve coquetear con otra? ¿Sabeis que es capaz de armar un escándalo?

Luisa. ¡Pobre Fernando! Sometido asi á los caprichos de una muger...

Fernando. ¡Que es mi Providencia...! Figuraros que paga mis deudas sin chistar... Si no fuese por eso... ¡Oh! ¡las viejas son uno de los resortes de la civilizacion de nuestro siglo!

Luisa. No perdais tiempo, marchad.

Fernando. Obedezco las órdenes de mi general en gefe. ¡Cuidado con desmayar...!

Luisa. No hay miedo.

ESCENA V.

LUISA. *Luego* EL MARQUES.

Luisa. ¡Es estraño...! ¡Jamas habia sentido emocion igual á cuando le vi...! Será posible que yo... ¡Oh! fuera terrible enamorarme ahora como una niña... Y tambien cosa estraña, que esa pobre Emilia, esa criatura tierna y delicada, me infundiese un secreto horror... una loca envidia. Yo no sé si mi corazon latío en otro tiempo; yo no sé si amó al marques... ahora para él está frio, insensible. ¡Esta es la primera vez que mi seno palpita... esta es la primera vez que temo no ser ya hermosa...! Si él me hubiera conocido en los años de mi juventud, cuando aun coloreaba mis megillas el rubor, cuando el cierzo de la edad no habia marchitado su frescura, entonces ¡cómo me hubiera amado...! Sin embargo, (*Se coloca delante de un espejo.*) ¡la luz del dia en todo su esplendor nunca es tan bella como las medias tintas que esparce el crepúsculo...! ¡El resplandor del sol no es tan brillante ni tan puro cuando aparece, como cuando muere en el ocaso! ¡Cuánto diera yo por parecerle aun hermosa...! (*El marques sale al pronunciar Luisa las últimas palabras, y esclama:*)

Marques. ¡Ah!

Luisa. ¡Cuánto porque me lo dijese! (*Sin verle.*)

Marques. ¿Quién? (*Sin poderse contener y cogiéndola una mano.*)

Luisa. ¡Vos! (*Reponiéndose de una ligera sorpresa.*)

Marques. ¡Luisa mia, perdóname!

Luisa. ¡Como siempre! ¡espiándome...! Creyendo que siempre le vendo...

Marques. Perdóname...

Luisa. ¡Sois insufrible! Mucho amor es menester para olvidar vuestras sospechas y vuestras injusticias... y sin embargo, ¡yo las olvido...!

Marques. Te juro no dudar mas...

Luisa. Tal vez esta noche misma...

Marques. No, no...

Luisa. Acordaos de lo que prometeis.

Marques. Y estoy resuelto á cumplirlo... La mútua confianza acrece el amor, la duda lo destruye. Sin embargo, bien merece indulgencia mi desconfianza, bien la merecen mis zelos. ¿No has visto como el avaro guarda y cela su tesoro? ¿No has visto al labrador temer la tempestad que destruye su cosecha, aun cuando brille el sol en el cénit y sople la brisa templada de la primavera? La dicha es un objeto muy fragil para que no se tema el huracan que puede arrebatarla. Y yo que te adoro, Luisa, lo mismo ahora que en los primeros dias de nuestra pasion, no puedo desechar jamas el temor de mi mente: en las borrascas de la vida, tú has sido siempre mi consuelo; en sus dolores, en sus angustias, tú has sido el angel cuyas alas me han cobijado. Y sin embargo nuestros placeres no han sido siempre puros, y ha habido en ellos una mancha que los deshonra y los envilece. Es preciso ahogar un remordimiento que los dos á la par sentimos; es menester que la penitencia alivie la llaga que abrieron pasiones tumultuosas...

Luisa. ¿Y no podiais haber elegido sitio mejor que un baile para predicar tan bellas máximas?

Marques. ¿Qué importa que el labio calle, si el corazon habla? Sí, Luisa, ya es tiempo de que enmendemos en lo posible nuestros errores; ya es tiempo de que el altar santifique nuestros nudos, y de que Dios per-

done á los que le han ofendido. Mañana, esta noche misma, cuando tú quieras, compartiré contigo mi nombre y mis riquezas.

Luisa. Bien, lo pensaremos mas despacio; conocedlo, querido marques: asuntos tan graves mal se ventilan en una fiesta, donde la música perturba las reflexiones religiosas ó filosóficas, y donde el instinto de los placeres se revela con nuevo vigor. Para el retiro, para la soledad de un gabinete, son escelentes esas meditaciones, y yo os prometo que las habremos de hacer muy en breve.

Marques. No hablemos ya de nuestras culpas, pero sí de la dicha pura y sólida que nos aguarda; de los goces que disfrutaremos sin vergüenza, porque yo entonces podré decir al mundo que hoy nos infama y nos señala: "Esta que veis á mi lado es la única muger que he amado; esta es mi legítima esposa; esta es la marquesa de San Jacinto." Entonces, Luisa, podremos ostentar nuestros hijos sin mengua para ninguno de los dos; entonces podremos gustar un placer que no hemos probado aun; ¡el amor paternal...!

Luisa. ¡Oh! sí... sí... ¡mucho lo deseo...! ¡Bien lo sabe Dios...!

Marques. Pues bien, Luisa mia, fija el dia de nuestra union: esta misma noche quiero anunciársela á todos...

Luisa. ¿Esta noche?

ESCENA VI.

DICHOS. DON FERNANDO.

Fernando. Luisa, Luisa, (*Entrando apresurado.*) ¿dónde estais? Este es nuestro wals... ¿No oís? Ya ha empezado. ¿En qué pensabais...? (*Cogiéndola del brazo.*)

Luisa. Es verdad. Ya lo habia olvidado. (*Desaparecen.*)

Marques. ¡Maldito loco! ¡Y en qué ocasion nos ha interrumpido...! (*Se abre paso por entre la multitud en seguimiento de Luisa.*)

ESCENA VII.

DOÑA CLARA. EMILIA.

(*Óyese el wals un momento: al terminarse sale Emilia apoyada en doña Clara.*)

Clara. Aqui puedes descansar un rato.

Emilia. Es insufrible el calor que hace en esos salones; ¿pero y Enrique?

Clara. Desde que salistes á bailar con Fernando, no le he vuelto á ver.

Emilia. Voy á reñirle. ¡Haberme abandonado asi hace media hora...!

Clara. Sin embargo, no creo que se divierte mucho en estas funciones. Poco há me lo decia: "Cuando estemos casados, cuando tenga la dicha de poderme llamar vuestro hijo, no iremos á buscar la felicidad fuera de nuestra casa; locura es, por Dios, correr en pos de ese vano fantasma que se llama la sociedad, cuando en el reducido círculo de nuestra familia tenemos todos los goces que podemos apetecer." Estas eran sus palabras.

Emilia. Y ellas, madre mia, demuestran que ni vos ni yo nos hemos equivocado en el concepto que Enrique nos merece. ¡Cuán pocos hay como él!

Clara. Verdad es... ¡pero es tan jóven...! ¡tiene tan poca esperiencia y tanta buena fé...!

Emilia. No temais, señora; su virtud es bastante fuerte para resistir á los halagos venenosos del vicio.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL MARQUES. *Despues* LA BARONESA *y* DON FERNANDO.

Marques. ¡Maldito imprudente...! ¡Haberme separado asi de ella...! (*Se coloca junto á doña Clara y Emilia.*)

Emilia. Veamos si está en el salon del baile.

Marques. ¿Buscais al conde de Marvan? Allá acabo de verle sentado al lado de Luisa.

Emilia. ¡Dios mio!

Clara. ¿De Luisa, decís, señor marques?

Emilia. Madre mia, corramos, corramos á buscarle. (*Emilia saluda al marques, y cogiendo á doña Clara por el brazo, se la lleva á los salones.*)

Marques. Tambien ella siente el puñal de los zelos... ¡pobre niña! (*Instantes de silencio: la gente se agolpa en los salones donde suena la música; varias personas circulan por la escena.*)

Baronesa. (*Saliendo muy enfadada, seguida de don Fernando.*) Os he dicho que me dejeis... No os quiero escuchar. (*Se sienta.*)

Fernando. ¿Creeis que habia de preferir á vos una chiquilla inconsecuente y superficial?

Baronesa. Sin embargo, yo lo he visto, yo misma; negadlo. ¿No habeis bailado tres veces con ella esta noche? ¿No he oido yo que la deciais... "Emilia, estais muy linda con ese trage blanco, símbolo de vuestra inocencia...?" ¿No habeis dicho tambien... "El conde de Marvan es el hombre mas feliz del universo?"

Fernando. ¿Con que por lo visto sois mi espía? Eso es indigno.

Baronesa. ¿Con que por lo visto me habeis estado engañando como á una niña? Eso es infame.

Fernando. Esto no puede quedar asi.

Baronesa. Ni quedará.

Fernando. Es menester que una separacion eterna...

Baronesa. Habeis adivinado mi pensamiento.

Fernando. A Dios para siempre.

Baronesa. A Dios. (*En tono sentimental.*) ¡Ay! ¿Si me deja, (*Mirándose al espejo.*) encontraré otro que me ame? ¡Rosa, Rosa! ¡tus megillas se van ajando...!

Fernando. Si rompemos, ¿encontraré otra tonta (*Deteniéndose al salir.*) que pague mis deudas? Las tontas van escaseando cada dia mas... Volvamos. (*Se acerca y tiende la mano á la baronesa, que ha visto este movimiento en el espejo y que se apresura á tomarla.*) ¡Perdon...!

Baronesa. Vuelve, ingrato Eneas, vuelve á los brazos de tu amante Dido.

ESCENA IX.

ISABEL. DON CARLOS. *Luego* DON FELIX.

Carlos. Solo he venido por tí, prenda mia, desatendiendo los sagrados intereses de la literatura... Mi mision en la tierra no es bailar, sino padecer.

Isabel. Mucho te lo agradezco, Carlos mio... Si viene Felix la hemos hecho buena. (*Aparte.*) Yo sin embargo no te habia dicho nada de que vinieses...

Carlos. Yo lo habia adivinado... porque el amor adivina, presagia... ¡Qué dicha es amarse como nosotros nos amamos, con tanta fé, con tanto entusiasmo, con tanta poesía...! Verás: el drama que ha de ceñir á mis sienes la corona del genio, será la historia de nuestros amores y tendrá nuestros mismos nombres: "*Carlos é Isabel, ó el amor* y *el infortunio.*"

Isabel. Mucho deseo leerlo.

Carlos. Es terrible... provéete aquel dia de álcali ó de sales, porque...

Isabel. Pues si somos nosotros los protagonistas, y hasta ahora yo no he tenido mas disgusto que la muerte de mi perrito Zafir...

Carlos. No importa... la fatalidad nos persigue... nuestro porvenir está escrito con sangre.

Isabel. ¡Gran Dios! (*Ve á don Felix, y soltándose de don Carlos coge el brazo del otro.*) ¡Oh! ¡este al menos no me dice esas cosas!

Felix. ¡Vida mia! (*Desaparecen ambos entre la gente.*)

Carlos. ¡Me abandona! (*Inmóvil.*) ¡Ingrata! Maldicion sobre él...! Le mataré, ó la asesinaré á ella, ó me daré muerte á mí mismo. (*Pausa.*) No, no... no... lo mejor es que vivamos los tres. (*Se entra tarareando.*)

ESCENA X.

El teatro ha quedado desierto; todos se han dirigido á los otros salones, donde se sirven helados y dulces.

LUISA. EL CONDE.

Luisa. Sí... aqui descansaré un poco... esa atmósfera me

mata... pero no os molesteis por mí... tal vez os estarán buscando...

Conde. No importa.

Luisa. Os agradezco el sacrificio que por mí haceis.

Conde. Sacrificio por sacrificio... yo me he separado de Emilia, y vos habeis dejado al marques.

Luisa. ¡Oh! no compareis mis relaciones con las vuestras; nuestro amor es el postrer resplandor de una lámpara que se estingue; el vuestro es la luz primera de una antorcha que empieza á arder. ¡Dichoso vos, que habeis encontrado quien os ame como vos amais...! El alma helada, seca, de San Jacinto, no concibe que haya aqui todavía incesante fuego; cree que los años han apagado los sentimientos en mí como en él... ignora que hay volcanes que solo el último dia del mundo dejarán de arrojar llamas, y corazones que solo con la muerte se marchitarán.

Conde. ¡Pobre Emilia! (*Aparte.*) ¡Cuán diferente es el lenguaje de su pasion!

Luisa. A vuestra edad todo satisface y halaga; yo no conozco á Emilia, pero supongo que esa inocente niña, os ama todo lo que puede amaros; y mañana, cuando se hayan desvanecido vuestras ilusiones, os conservará con todo un sincero aprecio. ¡Qué felices son esas almas tranquilas, que pasan gradualmente por los accidentes de la vida humana; que aman en la juventud y aprecian en la vejez!

Conde. Pero el marques, segun dicen, os ha ofrecido su mano...

Luisa. ¿Y sabeis por qué? Porque los años hacen escrupuloso al hombre que cometió faltas en otro tiempo... porque pensamos en la muerte, cuando hemos agotado los goces de la vida; porque el egoismo es frio y estóico, y algunas veces se reviste con formas halagüeñas, pero hipócritas... (*Un reloj da las doce.*) ¡Las doce nada mas...! Y mi coche no vendrá hasta las tres... ¡Oh! aun me restan esas horas de martirio... Mi frente se abrasa...

Conde. Pero si quereis, abajo está mi landó, y yo puedo conduciros...

Luisa. Eso sería esponeros por mi causa á un disgusto.

Conde. ¡Bautista! (*Se presenta un lacayo.*) Haced que arrimen mi coche. Cuando gusteis.

Luisa. (*Levantándose.*) ¡Oh! Mil gracias... no sabeis cuánto os lo agradezco. (*El conde da el brazo á Luisa: al ir á salir aparece Emilia por el foro.*)

ESCENA XI.

DICHOS. EMILIA. DOÑA CLARA. EL MARQUES. *Despues* LA BARONESA *y* CONVIDADOS.

Emilia. ¡Enrique! ¡Enrique! Os andaba buscando: nos vamos.

Conde. Dispensadme...

Luisa. ¡Oh! no... Me quedo.

Conde. Me es imposible acompañaros. Perdonad. (*Vanse.*)

Emilia. Señora... (*Volviéndose hácia su madre que viene detras, del brazo del marques.*) Señora... ¡Enrique me abandona! (*Cayendo en un sillon.*)

Clara. ¡Hija mia!

Marques. ¡Por ella! (*Mirando alejarse á Luisa.*) ¡maldicion!!

(*La baronesa y los convidados se dirigen hácia donde está Emilia sin sentido.—Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un gabinete elegante en casa de Luisa: puertas en el fondo y á los lados.

ESCENA PRIMERA.

LUISA. ROSA.

(*Luisa, sentada junto á un velador con un libro en la mano, deja de leer al levantarse el telon, y toca una campanilla.*)

Luisa. ¿Qué hora es?

Rosa. (*Saliendo.*) Las dos dadas.

Luisa. Hasta las tres estoy visible para todo el mundo. Desde esta hora en adelante, solo...

Rosa. Para el señor marques, ya entiendo.

Luisa. No; para él menos que para ninguno. Solo dejareis entrar al señor conde de Marvan... tengo que tratar con él de un asunto reservado, y no quiero que nadie me interrumpa.

Rosa. Está muy bien. (*Va á retirarse.*)

Luisa. Aguárdate... Acerca ese tocador... Hoy me has peinado infamemente... estos bucles estan horribles... Mira, trae aquellas flores... las que estan en los jarrones sobre la mesa... Colócame aqui algunas... sin arte... sin estudio... caidas sobre el rostro... asi está bien. (*Se levanta.*) ¿Te gusta esta bata?

Rosa. A mí, sí señora.

Luisa. ¿Hace buen talle?

Rosa. Podeis veros vos misma. (*Colocando el espejo.*)

Luisa. ¿Estoy bien hoy? ¿Qué te parece?

Rosa. ¡Estais admirable! ¡Si os viera el señor marques, cuánto se alegraria!

Luisa. ¿Sí? (*Distraida.*)

Rosa. ¡Como os quiere tanto! El otro dia me decia: "Rosa, está tan bella como cuando la conocí."

Luisa. ¡Ah! ¡no...! (*Distraida.*) ¡Cómo me hubiera amado entonces!

Rosa. ¿Mandais alguna otra cosa?

Luisa. Sí: entorna esas ventanas... menos... que quede solo una claridad incierta que no perjudique... á la vista. Trae aqui esos dos jarros de flores... y despues sahuma el gabinete con el perfume de la Arabia. (*Rosa se va, y vuelve con un braserillo, donde quema perfumes.*)

Luisa. Sí... sí... Razon tienen todos... ¡todavía estoy hermosa! Sin embargo, es necesario rodearme de seducciones... es menester que todo halague á la imaginacion. Este gabinete está delicioso... esa luz tibia y templada... ese aroma de las flores... y yo aqui muellemente recostada...

Un criado. (*Anunciando.*) La señora baronesa del Barco y el señor don Fernando.

ESCENA II.

LUISA. LA BARONESA. DON FERNANDO.

Baronesa. Buenos dias, Luisa. Pasaba por aqui casualmente, y no he querido dejar de subir un momento. (*Se sientan.*) Deseaba felicitaros por vuestro triunfo, porque anoche en mi baile habeis llamado la atencion general; y luego... todo se sabe...

Luisa. Estuvo brillante vuestra reunion.

Baronesa. Como que mañana van á hablar de ella cuatro periódicos. ¡Oh! y la pondrán en las nubes, porque tuve cuidado de obsequiar á sus redactores de una manera espléndida.

Luisa. Sí, los literatos son terribles. (*Pausa.*)

Baronesa. Estais triste, distraida...

Luisa. Un poco cansada...

Fernando. Quizá de vuestros triunfos...

Baronesa. ¿Olvidais las condiciones de nuestro tratado? (*Bajo.*)

Fernando. Estas solo son lisonjas... (*Idem.*)

Baronesa. No importa: os prohibo que la digais nada.

Fernando. ¡Vieja maldita! (*Aparte.*)

Baronesa. A mí aun me dura la jaqueca de ayer... ya se ve, es una muerte eso de estar en todas partes, y atender á todo el mundo, y hablar á los criados, y...

Luisa. Sí, debe ser muy pesado.

Baronesa. ¿Pues creereis que á pesar de eso he tenido infinitas desazones...? Esta mañana, ahora poco, encontré en su coche á la condesa del Rosal, y entonces me acordé de que habia olvidado convidarla. Ya se ve, ella no me saludó... tiene mil razones. Luego en la antesala se perdieron tres capas y seis chales. Yo ¿qué he de remediar? Mis lacayos son incapaces de semejante accion; ¡pero si habia tanta gente...!

Luisa. ¡Oh! ¡muchísima!

Baronesa. Como que me han asegurado que no encontrasteis vuestro coche, y que os fue necesario aceptar el del conde de Marvan.

Luisa. Es verdad.

Baronesa. Es cierto lo que nos han dicho. (*A Fernando.*)

Fernando. Sí, cuéntamelo á mí. (*Aparte.*)

Baronesa. ¿Tendriais que ofrecerle la casa?

Luisa. Ya veis...

Baronesa. Es natural que venga á veros.

Luisa. Quizás.

Baronesa. Sino fuera porque sé de fijo que el conde se casa, pensaria que vos le habiais conquistado. (*Luisa se sonrie desdeñosamente.*) Es cierto que aun no le han echado las bendiciones, pero...

Fernando. ¡Cuántas bodas se descomponen aun estando mas adelantadas!

Baronesa. Tambien me han dicho que el marques está furioso, porque os salisteis de mi casa sin contar con él...

Luisa. Es terrible esa chismografia de sociedad. (*Mirando al reloj.*)

Baronesa. Le está esperando... (*A Fernando.*) ¿Veis cómo mira el reloj?

Fernando. El onceno... (*A ella.*)

Baronesa. (Es estorbar.) (*Alto.*) Pero sois muy inhuma-

ra: destrozasteis de un modo horrible los nervios de la pobre Emilia: la dió un ataque alli mismo, que pensamos que se moria.

Luisa. ¡Pobre muchacha! (*Friamente.*)

Baronesa. Nunca os he conocido á vos ese mal, querida Luisa: como que siempre procede de estremada sensibilidad...

Luisa. ¿Y quizás no creeis que yo la tengo?

Baronesa. ¡Oh! ¡No tanto! Pero el mundo dice que jamas habeis amado de veras...

Luisa. ¡El mundo...! Esa suele ser la máscara con que encubrimos nuestras opiniones.

Baronesa. Yo, amiga mia, os aconsejo que no hagais la locura de enamoraros. A vuestra edad es muy terrible una pasion.

Luisa. No tanto como á la vuestra.

Baronesa. Eso es decir que... (*Levantándose.*) Luisa, estais hoy muy insultante. ¿Con que os parece que tanto es lo que os llevo? Ya se ve, como yo no me quito los años... Pero si fueramos á sacar faltas... El año 1818, vos erais ya una muger hecha y derecha... como que á poco fue cuando el marques os empezó á obsequiar... Si no me creeis, miraos en ese espejo, y vereis cómo se os conocen ya las fechas... solo que yo no me pinto, ni me...

Fernando. ¡Baronesa!

Luisa. Gritais de una manera horrible, y tengo un gran dolor de cabeza. Dejemos para otro dia la discusion de si son veinticinco, ó treinta, los años que me llevais. (*Se levanta.*)

Baronesa. Luisa, sois una insolente. (*Colérica.*)

Luisa. No deben ser tantos cuando aun os enfureceis como una niña. Baronesa, cuidado con los nervios. (*Saluda y se va por la derecha.*)

Baronesa. ¿Habeis visto qué desfachatez?

Fernando. Os está bien empleado. ¿Quién os mete á vos en esas cosas?

Baronesa. ¡Oh! Me vengaré horriblemente de ella. Ahora mismo vamos á casa de doña Clara... todo, todo se lo voy á contar... que esa intrigante trata de desbancar á su hija... (*Yéndose.*)

Fernando. ¡Estais loca! (*Siguiéndola.*)

Baronesa. Loca ó no, lo he de hacer como lo digo. Pedro, mi coche.

ESCENA III.

LUISA. *A poco* EL MARQUES.

(*Luisa ha observado si se han ido, y sale otra vez por donde entró.*)

Luisa. ¡Gracias á Dios...! Si no es por esto, la tengo aqui hasta las cuatro. Hubiera visto al conde, y despues habria ido diciendo por todas partes... qué sé yo... cuanto le hubiese ocurrido. ¡Pobre baronesa! Lo que mas la ha irritado ha sido mi sangre fria... (*Mira el reloj.*) ¡Las tres menos cuarto! Quiero prevenir que no dejen entrar á nadie. (*Llamando.*) Pedro, no estoy visible mas que para el señor conde de Marvan.

Pedro. ¿Ni aun para el señor marques?

Luisa. No: le direis que he salido... (*El marques ha oido estas últimas palabras.*)

Marques. Ya es tarde, señora; todo lo he escuchado. (*Pedro se retira: Luisa coge un libro y se sienta.*) ¿Podeis decirme, (*Apoyándose en el respaldo de la silla de Luisa.*) señora, por qué no queriais recibirme? (*Luisa se levanta, deja el libro y hace ademan de retirarse.*)

Luisa. ¿Por qué? Por no oir vuestras reconvenciones: apuesto que no habeis venido á otra cosa... Si es asi, con vuestro permiso. (*Va á salir; el marques se interpone entre ella y la puerta, y la coge fuertemente del brazo.*)

Marques. No, no... habeis de escucharme... tengo derecho á ello.

Luisa. ¿Derecho? estais soñando. (*Yéndose.*)

Marques. Luisa, has de oirme. (*Cogiéndola violentamente del brazo.*) ¡Vive Dios que has de oirme! (*Luisa, frenética y y volviendo la vista á todas partes, se deja caer en un sillon; el marques la contempla colérico.*) Veinte años hace que nos conocemos... ¿Os acordais de lo que érais vos entonces? Una pobre

huérfana recogida por mi madre. Cuando me dísteis un hijo, yo quise que se criase á mi vista... educarlo para que algun dia heredase el título de San Jacinto... Vos os opusísteis, y me mandasteis que le abandonase inhumanamente. Yo os complací, Luisa, porque entonces os amaba, y porque deciais que no teniais mas que honra y virtud. Al morir mi madre os obligué á dejar vuestra condicion humilde, os hice educar, porque érais tosca é ignorante; os traje á Madrid, y os establecí con todo el lujo de mi clase. Decid, ¿en veinte años he dejado de amaros y respetaros? ¿No respondeis? pero yo lo haré por vos.— Yo os introduje en la alta sociedad, yo os hice adquirir relaciones... yo compartí con vos mi fortuna, y ayer queria daros hasta mi nombre. Esto he hecho yo por vos... veamos lo que vos habeis hecho por mí.— En primer lugar nunca me habeis amado: habeis querido no mas que aprovecharos de mis ventajas sociales, de mi posicion, de mi fortuna... Vos me habeis engañado... vos habeis pagado con falsedad mis beneficios... me habeis sido infiel muchas veces... ¡y sin embargo no os he asesinado!!

Luisa. ¿Y es para recordarme tan *generosamente* vuestros favores y mi condicion oscura, por lo que me los hicisteis? ¿Es para insultar mi pobreza? ¿Por qué no me dejasteis en ella, honrada como era y feliz como hubiera sido? Si me habeis colmado de bienes y de halagos, es porque con esto queriais ahogar un remordimiento que habia en vuestra alma... porque yo era inocente y pura, y vos me robasteis mi inocencia y mi pureza... Bien sabeis vos que me las robasteis...

Marques. Es verdad, Luisa; pero te amaba, como nadie ha amado en la tierra... yo era un niño sin esperiencia y sin mundo, lleno de esperanza y de pasion... tú eras pura como un angel, y no tuviste fuerza para resistirte... Luisa, veinte años han pasado desde entonces, y desde entonces han pasado sobre nosotros las tempestades del mundo y las borrascas de la vida humana; desde entonces hemos visto alzarse y caer fortunas colosales, altos monumentos y soberbios tronos: desde entonces, como las flores de

la primavera, hemos visto nacer y morir numerosas pasiones en derredor nuestro... Dime, ¿se ha alterado desde entonces mi amor hácia tí? ¿No te he tributado el homenage entero de mi cariño? ¿No te he colocado en la esfera mas elevada que me ha sido posible? ¿No he tratado de borrar con esto mi falta? Y si no es bastante, ¿no te dije anoche: "Luisa, señala el dia en que pueda el mundo llamarte marquesa de San Jacinto?" Ahora, ahora mismo, olvidándolo todo, tu falta y mi resentimiento, no escuchando sino á mi corazon, ¿no te repito tambien: "Luisa, acepta mi nombre, mi posicion y mi fortuna?"

Luisa ¡Cómo! ¡Será posible! (*Conmovida.*)

Marques. ¿Aceptas, no es verdad, di?

Luisa. Voy á hablaros con franqueza; voy á corresponder dignamente á vuestra confianza. Hubo un tiempo, marques, en que yo tambien os amé ciegamente; entonces esas palabras que acabais de pronunciar ahora, me hubieran hecho dichosa. Hoy, apreciando como es justo tan noble conducta, debo corresponder en iguales términos á ella. Marques, me es imposible aceptar vuestras ofertas.

Marques. ¿Imposible?

Luisa. De todo punto, y no por mí, por vos solamente. Nada quiero ocultaros: en la actualidad no siento hácia vos amor alguno; aprecio no mas á vuestros beneficios. Si hubierais sido menos noble y generoso, comerciaria con vuestra buena fé, y os engañaria bajamente; aceptaria vuestro nombre, y con él, como con un manto, me encubriria para cometer crímenes quizás y delitos, porque tales serian el venderos y el abusar de vuestra confianza. Aun hay mas: hoy no solo no os amo, sino que ademas amo á otro...

Marques. ¡Oh! No pronuncies su nombre... no lo digas, sino quieres armar mi mano con un puñal homicida.

Luisa. Marques, he correspondido á vuestra confianza: ahora debo anunciaros que en adelante todo se ha concluido entre nosotros. Decid si quereis la mano de la amiga, ó la traicion de la esposa; decid si hubiéseis preferido el engaño aleve, á la verdad pura que acaba de proferir mi labio.

Marques. ¡Luisa, has obrado noblemente! Tienes razon; todo debe acabarse entre nosotros desde este momento. ¡Amistad! No, no puede haberla donde antes ha habido amor. Olvido, Luisa, olvido solo ha de haber de hoy mas entre nosotros. ¡Es preciso separarnos! Conservad cuanto os he dado. Esta casa, con todo lo que contiene, es vuestra. A Dios, Luisa, sed feliz. (*Alargándole la mano.*)

Luisa. A Dios, marques. Contad siempre con mi gratitud y con mi afecto.

Marques Si algun vez necesitais de algo, acudid á mí... os lo ruego... Yo os amaré siempre... pero ese hombre... ¡Oh! rogad á Dios, Luisa, que el que preferís no se ponga nunca delante de mí. ¡Vuestro amor me ha hecho desgraciado! Quiera el cielo que no me haga tambien criminal.

Luisa. Dentro de algunos dias partiré para Francia.

Marques. Sed alli mas dichosa de lo que yo lo seré en España. (*La toma una mano, que besa con emocion: en seguida sale rápidamente por el foro.*)

ESCENA IV.

LUISA. ROSA. *Luego* PEDRO.

Luisa. ¡Alma generosa! (*Enjugándose el llanto.*) Mas de una vez he tenido que hacerme violencia para no echarme á sus pies pidiéndole que me perdonase. (*Da un reloj las tres.*) ¡Las tres! (*Mirándose al espejo.*) Mi fisonomía está horriblemente alterada por las lágrimas... Rosa... Rosa...

Rosa. ¿Señora?

Luisa. Pronto, entra en mi tocador y disponme agua de azar para los ojos... necesito serenarme... ¡Dios mio! ¡Mis megillas estan encendidas...!

Pedro. El señor conde de Marvan.

Luisa. Decidle que pase aqui y tenga la bondad de aguardar un momento.

Rosa. Ya está, señora.

Luisa. Vamos. (*Éntrase por la izquierda.*)

ESCENA V.

EL CONDE, *solo.* (*Pedro le introduce y se retira.*)

Conde. ¡No sé por qué, pero tiemblo (*Sentándose.*) de verla! ¡Es tan hermosa! ¡Tienen un fuego sus miradas! Ademas, ¡me habló anoche un lenguaje que yo jamas habia oido...! ¡Es tan diferente del que usa Emilia...! ¡Pobre niña! (*Saca un billete.*) Aun está aqui su carta... "Anoche me habeis ofendido cruelmente; anoche me habeis abandonado, y sin decirme una sola palabra. No quiero espresaros lo que he sufrido; si me amais, lo comprendereis; sino, inútil será que os lo diga. Sin embargo, venid y todo lo olvidaré, porque os quiero con toda mi alma." Sí: despues iré, despues iré á hablarla de mi amor, ¡á jurárselo eternamente! ¿Tendria yo corazon para destrozar el suyo? ¡No, no...! Esta será una visita de cumplimiento, y como tal breve... y no volveré nunca á esta casa, cuyas paredes me ahogan, y cuyo suelo parece que despide fuego... ¡Sería una infamia el olvidarla! (*Luisa sale de su gabinete: el conde se levanta, y ambos se saludan en silencio, volviéndose á sentar en seguida.*)

ESCENA VI.

EL CONDE. LUISA.

Luisa. Mucho os agradezco, señor conde, que os hayais acordado de mí.

Conde. Dispensadme si he venido quizás demasiado pronto á ofrecerme á vuestros pies, pero deseaba saber si os habiais aliviado.

Luisa. ¡Oh! no era nada... un poco de jaqueca, de agitacion. Aun estoy hoy lánguida y cansada. (*Pausa.*) Aqui ha estado ya la baronesa, y por cierto que me ha dado un rato malísimo... y vos habeis sido la causa.

Conde. ¿Yo, señora?

Luisa. Sí; me ha dicho que vuestra futura, es decir, Emilia, tomó muy á mal que anoche me acompañaseis.

Conde. ¡Es posible!

Luisa. ¡Pobre muchacha! Parece que se afectó vivamente de los nervios, y que improvisó, quiero decir, que de repente le dió una fuerte convulsion... ¡Oh! no os asusteis; el caso no es para tanto.

Conde. Os engañais: no es susto, es cólera é indignacion por tal simpleza.

Luisa. Esas niñas cándidas, ingénuas, que aman por la primera vez, son imperiosas, y quieren ser esclusivas. Emilia estará acostumbrada á veros acceder á todos sus caprichos, y hoy le sabe mal el verse contrariada levemente. La infancia del amor es tan pueril como la de la edad; en ambas es menester no dejar arraigarse los defectos. Por eso no debeis consentir que Emilia os domine. Ley es dura la de que la muger ha de estar subordinada al hombre; pero es ley, y debemos obedecerla. Por otra parte, el lance de anoche os ha puesto á ella y á vos completamente en ridículo.

Conde. ¿Que decís?

Luisa. Perdonad mi franqueza, pero yo no sé hablar de otro modo á las personas que de veras estimo. La sociedad presente, menester es decirlo, no se distingue por su moralidad ni por sus afectos, ni comprende mas que el sentimiento material; y siendo asi, ¿creeis que encuentre sublime lo que parece producto de natural sensibilidad y de verdadero cariño? No; á todo esto, porque no lo entiende, lo ridiculiza: y asi, se rie del llanto de la muger, y de los suspiros del hombre; escarnece lo que llama amor verdadero, y ensalza los sentimientos de interes ó de egoismo. Ahora bien, ¿en una sociedad asi organizada se comprenderá que Emilia se puso mala de zelos? ¿No se llamará á los zelos envidia? ¿No se reirán todos de que para vengar una ofensa, descomponga su trage y dé tormento á sus brazos? De cuantos ayer vieron á Emilia, ¿creeis que habria uno solo que no se riese soberanamente de ella? ¿Creeis que habria uno solo que no os diese á vos la razon?

Conde. ¡Es verdad!

Luisa. Esa sensibilidad romántica es muy buena para los dramas ó para las novelas: hoy el verdadero cariño tiene otras formas, menos vehementes si se quiere

en lo esterior, mas sinceras interiormente, porque no debilita sus fuerzas haciendo alarde de ellas. Yo conozco algo el mundo, conde, y estoy cierta de que ahora mismo podria referiros una por una todas las escenas de que hoy vais á ser héroe. Despues de la convulsion de anoche, vino naturalmente el llanto, porque las tempestades humanas se parecen á las de la naturaleza, en que siempre van acompañadas de iguales caractéres. Esta mañana, estoy cierta, habreis recibido un billetito de Emilia, diciéndoos que os perdona, que os ama... queriendo recobrar en fin el imperio que un momento perdió sobre vos. Sed franco; ¿no traeis ese billete en el bolsillo?

Conde. Sí señora.

Luisa. ¿Y no pensabais contestarla ofreciéndola vuestro amor mas ardiente que nunca, vuestro cariño mas inmutable? ¿Y no maldijísteis al entrar en este gabinete esa necia galantería del mundo que exigia vinieseis á informaros de mi salud, que probablemente no os interesa...?

Conde. Señora...

Luisa. No vayais á tomarme por alguna fada ó cosa semejante, porque he sabido leer en vuestro corazon, y porque conozco un poco la sociedad en que vivo. En otro tiempo se me hubiera delatado por bruja ante la inquisicion; la civilizacion de este siglo da á cada ciencia su nombre propio y exacto. Lo que antiguamente se llamaba don de segunda vista, ó magia, ó pacto con el diablo, se llama hoy con mayor razon esperiencia solo. Las profetisas, las magas de otras edades somos las mugeres esperimentadas de esta. El nombre ha variado, el carácter es el mismo: en otro tiempo nos quemaban vivas; ved lo que hemos adelantado con la ilustracion: hoy nos admiran y nos contemplan.

Conde. ¿Y quién no ha de admiraros, cuando vuestro talento asi logra penetrar los secretos mas recónditos del alma? Yo, débil inteligencia del siglo XIX, aun me siento lleno de supersticion al miraros... porque creo que ese semblante y esas palabras son de un ser sobrenatural.

Luisa. Muy cara podria costaros esa lisonja si Emilia la escuchase.

Conde. ¡Oh! ¡no me hableis de ella! ¡No coloqueis la estrella pálida y opaca, que necesita de toda la oscuridad de la noche para brillar, al lado del sol que despide tan viva luz en medio del dia...!

Luisa. ¡Sois galante! Sin embargo, esa bella metáfora que me habeis dirigido ahora, dentro de poco vais á repetírsela á Emilia.

Conde. (*Levantándose.*) ¿Teneis recado de escribir? (*Luisa señala á la mesa: el conde se sienta y escribe rápidamente.*) Vos me hareis justicia. (*Pausa: el conde al terminar el billete se lo presenta á Luisa.*) Leed.

Luisa. ¡Como! (*Lee.*) "No me es posible veros hoy, Emilia: mañana, si puedo, iré á vuestra casa."—¿Y vais á enviárselo?

Conde. Ahora mismo. (*Lo cierra.*)

Luisa. Sentiria que un momento de arrebato...

Conde. (*Tirando de la campanilla: sale Pedro.*) Llevad este billete adonde dice el sobre; no aguardeis contestacion. (*Vase Pedro.*)

Luisa. ¡Conde! (*Conmovida.*)

Conde. Una recompensa espero de vos, no por lo que acabo de hacer, sino por mi deseo de complaceros... Que me permitais pasar dos horas á vuestro lado.

Luisa. (*Tira de la campanilla: Rosa aparece en la puerta del gabinete.*) El señor conde come hoy conmigo; aumentad un cubierto.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Sala baja en una casa de campo. En el fondo una puerta con algunos escalones, y por ella se distingue el jardin: á la derecha una ventana grande que da al campo: á la izquierda la puerta de salida.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA. EMILIA. LEONCIO.

(*Doña Clara y Emilia estan sentadas delante de la ventana haciendo labor; la segunda interrumpe con frecuencia su trabajo para enjugar el llanto: Leoncio está tambien sentado en el estremo opuesto, inmediato á una mesa, y leyendo.*)

Clara. Hermosa tarde en verdad, Emilia mia: suave y templada es esta brisa de la primavera, y asi es benéfica á las flores y á los arbustos, como á tu débil salud.

Emilia. ¡Mi débil salud! Yo estoy buena, señora: buena y contenta. (*Haciendo por sonreirse.*)

Clara. Sí... al menos te esfuerzas en aparecerlo. Pero el dolor es como el viento, hija mia, que cuanto mas se comprime, mas pronto estalla.

Emilia. (*Soltando la labor y echándose en los brazos de doña Clara.*) ¡Pues bien, entonces dejadme que llore, señora, porque hay en mi corazon mas lágrimas de las que pueden brotar mis ojos!

Clara. ¡Llora, hija mia, llora...!

Emilia. ¡Oh...! ¿No es verdad que fue una infamia engañar asi á esta pobre niña, que vivia tranquila á vuestro lado, haciéndola creer que la amaba, para hundir en su seno un puñal acerado y agudo? ¿No

fue una crueldad quitar de sus ojos aquella venda benéfica que la ocultaba su aislamiento, para dejarla despues sola en el mundo con su dolor y su amargura?

Clara. ¡Sola! ¿Te ha abandonado quizás tu madre?

Emilia. (*Arrojándose á sus brazos.*) ¡Ah! ¡no... no, madre mia!

Leoncio. (*Que se ha levantado conmovido, se acerca á ellas.*) ¿Y no teneis un hermano que nunca os abandonará?

Emilia. (*Estrechando su mano.*) Gracias, Leoncio, gracias... Sí, vos tambien me amais... Vos no sois egoista, como dicen... Vos compadeceis á esta pobre criatura, que todos han repudiado en el mundo.

Leoncio. Porque el mundo es injusto; porque los vicios son mas estrepitosos que las virtudes. Los primeros se ostentan en los suntuosos festines, en las bacanales brillantes y en las orgías... Buscan las segundas no mas que la tranquilidad y el retiro.

Emilia. Pero hay dolores en la vida humana que no acallan la filosofia ni aun la religion; hay penas que el tiempo aduerme, pero no cura; y heridas que un débil choque hace brotar de nuevo sangre.

Leoncio. ¿Quereis un bálsamo que cicatriza todas las llagas del alma? Leed... (*Presentándole una Biblia.*)

Emilia. ¡La Biblia...! ¡Ah! pocos hay que escuchen las palabras de Dios cuando sufren las injurias de los hombres. Yo no tengo todavía la fortaleza necesaria para despreciar estas.

Leoncio. Pues entonces, Emilia, llorad. (*Vuelve á sentarse donde estaba antes, y lee.*)

Clara. No, hija mia, aun hay consuelos para tí en la tierra. Veinte años es la edad del amor y la del olvido... En ella, si las pasiones son hondas, y dejan profundas huellas, tambien es mas facil su remedio, porque es ancho el porvenir de ilusiones que ante nosotros se despliega, y las ilusiones todo lo curan, como las pasiones todo lo marchitan.—Estaremos aqui solo un mes; si tu salud no se restablece en este tiempo, si no se ha aplacado tu dolor, dejaremos la España... Iremos á Italia...

Emilia. (*Delirando.*) ¡Pero él no estará alli!

Clara. Veremos los elevados picos del Pirineo, donde la naturaleza agreste y salvage tiene un lenguaje mudo de civilizacion; veremos las nevadas cimas de los Alpes, cuyos valles respiran poesía y amor...

Emilia. ¡Pero él no estará allí...!

Clara. Veremos esa encendida montaña que se llama el Vesubio, junto á esa ciudad divina que se llama Nápoles... Recorreremos Florencia, Génova, y la novelesca Venecia...

Emilia. ¡Pero él no estará allí...! (*Deja caer la cabeza sobre el pecho y queda sumida en la mas profunda enagenacion; doña Clara se enjuga el llanto, la mira un instante en silencio, y despues se acerca tristemente á Leoncio.*)

Clara. Hay dolores que no matan de pronto, sino que consumen lentamente. ¿Crees tú que el de Emilia es uno de ellos?

Leoncio. Sí, madre mia.

Clara. ¿Crees tú que su herida es incurable?

Leoncio. Tal vez, porque es la primera.

Clara. ¡Dios mio...! ¡Dios mio! ¡No me robeis la prenda de mi vida! Mírala ahí... ¡inmóvil, insensible, casi moribunda...! ¡Ah! Leoncio, háblala tú, dila que mi corazon se destroza al verla... dila... Pero ¿qué has de decirla tú, si tú no la comprendes?

ESCENA II.

EMILIA. LEONCIO.

Leoncio. (*Levantándose con amargura.*) ¡Tambien injusta para conmigo mi madre! ¡Que no la comprendo...! Y á mí, ¿quién me ha comprendido aun? ¡El cielo! ¡Emilia! (*Tomándola una mano.*) ¡Está abrasando su mano...!! — ¡Emilia...!

Emilia. ¡Ah! ¿Sois vos? ¿Por qué me habeis sacado de mi enagenamiento? ¡En él era tan dichosa...!

Leoncio. No alimenteis ilusiones, hermana mia, porque son crueles y amargas cuando se desvanecen... Buscad en su lugar consuelos verdaderos, y calmad al menos vuestro dolor en presencia de nuestra pobre ma-

dre... ¡Si vierais en qué situacion acaba de salir de aqui...!

Emilia. ¡El cielo me perdone, como ella me perdonará...! Pero sí, teneis razon, la hago padecer mucho... ¡Yo que no soy su hija siquiera...! en adelante ocultaré mis penas; pareceré alegre y resignada en su presencia, aunque el dolor encerrado me mate despues.

Leoncio. No, desahogadlo conmigo.—Yo os oiré y os consolaré... Llorad ahora si quereis...

Emilia. Sois un angel, Leoncio, sois un angel... ¡y hasta hoy no os habia conocido...! ¿Por qué no nos habiamos de haber amado antes...? Sí, con vos desahogaré mi corazon; á vos os confiaré mi dolor; á vos os diré mi angustia. ¿No habeis amado nunca?

Leoncio. ¿Yo? (*Turbado.*)

Emilia. Sí; contestadme.

Leoncio. Una sola vez... ¡y con delirio...!

Emilia. ¿Tambien os abandonaron como á mí...?

Leoncio. No: yo creía criminal mi pasion, y procuré ahogarla...

Emilia. ¿Y lo habeis conseguido?

Leoncio. Nunca... (*Estremeciéndose.*)

Emilia. Entonces ya comprendo vuestra austeridad y vuestra reserva; entonces ya concibo vuestro carácter sombrío y melancólico... entonces entendereis el lenguaje en que quiero hablaros.

Leoncio. Hablad.

Emilia. Me habeis dicho que con vos puedo ser franca; que llore á vuestro lado para reir al de mi madre... Asi lo haré.—Quiero mostraros todo el amor que hubo un dia en mi alma, y todo el desconsuelo que hoy hay en ella. ¿No era digno de ambas cosas Enrique?

Leoncio. No... no lo era... El hombre que pudo dejaros por una cortesana corrompida; el que desdeñó el puro coral por el falso diamante, sin mirar mas que su aparente brillo, ese no era digno ni del amor de Emilia, ni de su desconsuelo.

Emilia. Un dia llegará, y yo lo espero, en que él hará justicia á las dos... Un dia en que distinguirá la verdad de la mentira, y la virtud de la inmoralidad...

Para aquel dia aplazo mi venganza... y ella será completa. Pero no seais injusto, Leoncio; no le acuseis á él, sino á este siglo y á estas costumbres depravadas. Enrique era inocente como un niño, y confiado como tal: creíase fuerte porque no habia caido... y por eso debia caer... Y sin embargo, ¿quién mas digno de ser querido? ¿quién mas digno de llamarse rey del universo...? Si vos conocieseis, como yo, la pureza de su alma; si supieseis la rectitud de sus principios, llorariais como yo, al ver que Dios no siempre da con la virtud la fortaleza.

Leoncio. ¡Es verdad!

Emilia. Desde que le he perdido, todo ha cambiado en derredor mio: el sol es menos brillante, el cielo menos azul; las flores no tienen el aroma de entonces... los campos me parecen agostados... porque la desgracia se place en concebir todos los objetos en armonía con sus dolores.

Leoncio. Habeis repudiado los consejos de la religion: quiero emplear con vos los del mundo: veremos si la filosofia humana es mas poderosa con vos que la filosofia divina. Yo os diria que olvidaseis al que os ha olvidado, sino conociera vuestro corazon... pero aunque algunos, y vos quizás, me llameis escéptico y descreido, yo pienso que tal vez en la tierra hallareis algun hombre mas digno de vuestro cariño que Enrique.

Emilia. (*Levantándose.*) Vos que una sola vez habeis amado, ¿creeis encontrar otra muger como la que perdisteis?

Leoncio. ¡No!! (*Estremeciéndose.*)

Emilia. ¡Yo tampoco podré encontrar otro Enrique! (*Dirigese lentamente hácia el jardin, y desaparece: Leoncio la contempla con angustia.*)

ESCENA III.

LEONCIO. DOÑA CLARA.

Leoncio. Sí... esa es la elocuencia del dolor, verdadera y amarga... ¡Ese es el instinto de la desgracia, en todos

igual, y en todos desolador...! ¡Dios mio...! (*Se apoya trémulo en un sitial: doña Clara aparece por el fondo.*)

Clara. No está aqui... Y bien, Leoncio, ¿has conseguido algo?

Leoncio. Nada, madre mia.

Clara. ¡Ah! ¡Yo lo suponia! Hijo mio, el cielo te hizo bueno y virtuoso, pero tambien te hizo insensible. Crees á todos capaces de soportar las amarguras de la vida con el ayuda de la filosofia humana, ó del libro divino. Tú no concibes que no basta gritar para que socorran al hombre que se ahoga, sino que es preciso socorrerle.

Leoncio. Injusta sois conmigo, señora.

Clara. No lo quiera el cielo, Leoncio, porque á pesar de tu desvío te he amado siempre como una madre ama á sus hijos. Pero me aflige en verdad no verte solícito por el consuelo de tu familia, por el de esa pobre niña sobre todo... Acuérdate de que tus deberes mas sagrados son aliviar las penas de tus semejantes.

Leoncio. Y las mias, señora, las mias ¿quién las ha aliviado?

Clara. ¿Las tuyas?

Leoncio. ¿Creeis que bajo este esterior reservado y frio no ha habido nunca mas que ese egoismo que el mundo me atribuye, esa insensibilidad que vos decís...? Si supierais el secreto que guardo aqui hace siete años... si conocieais toda la estension de mi infortunio, vos, que me acusais hoy, me compadeceriais de todas veras mañana... ¡Oh! ¡y es menester que lo sepais... es menester que alguno... vos sola... hagais justicia á este infeliz que se consume de dolor sin tener nadie que le sostenga...!

Clara. ¡Me haces temblar!

Leoncio. ¿Estamos solos? (*Registrando la escena.*) Escuchadme, señora. Voy á revelaros un secreto que debiera haber muerto conmigo, si vuestras reconvenciones no me hubiesen precisado á romper el silencio. Ya que todos me insultan, ya que todos me increpan, haya una persona sola que me ame y me defienda, y que esa persona sea mi madre. ¿Os acordais de cuando volví de Francia, hace catorce años?

Clara. Sí: entonces era muy otro tu carácter.

Leoncio. Entonces me presentasteis á Emilia, á quien yo no conocia antes, y me la presentasteis como hermana.—Este es el origen de todo mi infortunio.

Clara. ¡Gran Dios! ¡Esplícate...!

Leoncio. Mientras ella fue niña débil y sencilla, pude amarla como á tal. Los juegos de nuestra infancia, nuestras caricias y nuestro amor, fueron puramente fraternales... Pero hubo un tiempo en que ni ella ni yo fuimos ya niños; una edad remplazó á otra edad, y entonces si el corazon fue el mismo, los sentimientos y las pasiones cambiaron de índole y de carácter. Yo amaba á Emilia con igual pureza que antes, y sin embargo, cuando estrechaba sus manos entre las mias, sentia palpitar mi pecho, arder mi frente y comprimirse mis arterias... Cuando queria imprimir en su cándido rostro un ósculo fraternal, la hacia estremecerse el fuego de mis labios y de mis miradas... Cuando me rozaba su flotante velo al correr ambos tras las matizadas mariposas de los campos, yo sentia un ardor indefinible en mi corazon, y un desconsuelo y una amargura insondables en mi alma... Y en vano procuraba vencerme; en vano procuraba destruir mi amor: ¡él era puro, madre mia, y yo le creía culpable...!

Clara. ¡Leoncio!

Leoncio. La edad acrece las pasiones, y las hace indomables, como hace sólido y fuerte el arbusto que al menor viento podia ayer troncharse. Llegó un dia en que fue terrible la lucha entre el deber y el amor; llegó un dia en que pudo quedar vencido aquel por este, y sin embargo no salió triunfante... Busqué un refugio sagrado al que yo creía mi criminal cariño; quise fortalecer mi virtud con la penitencia y la religion... ¡y me acogí al altar de Dios, y coloqué la corona del sacerdocio sobre mi cabeza...!

Clara. El cielo premiará tu sacrificio, hijo mio; el Altísimo le recompensará cumplidamente.

Leoncio. Fuí fuerte, pero no fuí feliz: tuve que plegar y esconder dentro de mí todos los afectos, de miedo de que no fuesen criminales: tuve que aparecer austero

é intolerante, para acallar los gemidos de mi alma; no quise hablar de cariño; ¡porque tal vez me hubiera hecho traicion! Cuando asi luchaba conmigo mismo, ¡el mundo injusto y corrompido, y hasta vos, madre mia, buena y noble como sois, me llamásteis insensible y egoista!!

Clara. ¡Ah! ¡Perdon, perdon...!

Leoncio. Escuchadme hasta el fin... Conseguí hacer superior el instinto de mis deberes, á la fuerza de mi pasion. No lo logré sin combates y sin dolores; pero por último, pude mirar á Emilia solo como á una hermana... ¡Estaba decidido que habia de probarse mi fortaleza, y entonces supe que aquella por quien me habia sacrificado, que aquella á quien no creí poder amar sin delito, hubiera hecho mi felicidad, y hubiera podido ser mi esposa!! Emilia no está unida á mí por los vínculos de la sangre... ¡Oh...! Yo desconfié de Dios, porque él no podia consentir un sacrilegio; ¡y yo, yo lo habia dudado...! Esta herida está reciente, y es menester no tocarla... El tiempo la cicatrizará como á las otras.—Y ahora que ya sabeis mi infortunio; ahora que ya sabeis que vuestro hijo no es egoista, sino desgraciado; que no es insensible, sino virtuoso, madre mia, dad vuestra bendicion al que la espera humildemente á vuestras plantas. (*Doña Clara estiende las manos sobre la cabeza de Leoncio, que está á sus pies. Hay un momento de silencio; por fin doña Clara abre los brazos y Leoncio se precipita en ellos.*)

Clara. ¡Hijo!

Leoncio. ¡Madre del alma...! ¡Este secreto ha de bajar con nosotros á la tumba...!

Clara. Si: ¡en ella morirá!

Leoncio. Y ahora que conoceis mis penas y mis dolores, ¿me compadeceis y me amais?

Clara. No: ¡te amo y te admiro!

Leoncio. Esa sola recompensa aguardaba en la tierra.

Clara. Te espera otra mas grande; ¡la del cielo!

ESCENA IV.

DOÑA CLARA. LEONCIO. UN CRIADO, *anunciando.*

Criado. La señora baronesa y su esposo.
Leoncio. Serenaos. (*A su madre.*)

ESCENA V.

DOÑA CLARA. LEONCIO.—LA BARONERA, DON FERNANDO *y* EMILIA *por el jardin.*

Baronesa. ¡Amiga mia! ¡Emilia! Vengo á pasar con vosotras lo que resta de tarde. Fernando tiene un quehacer por estos alrededores, y por mas señas que no me ha querido decir cuál es. Estos maridos todos son iguales.—Ya habreis recibido mis papeletas de boda... Yo no he guardado estiqueta, y por eso he venido sin ceremonia. Ademas me trae tambien (*Aparte á doña Clara.*) el ver cómo soporta esa pobre niña el golpe atroz que ha recibido. ¡El infame...! ¡Si yo no puedo sufrir á esos mogigatos!
Clara. (*Alto.*) Emilia padece algo en su salud; pero el campo la restablecerá completamente.
Emilia. Sí; me siento ya muy buena.
Baronesa. Mucho lo celebro.—Me habian alarmado sin motivo, porque ayer estuvo en casa la condesita del Sauce, y me habló de vos en unos términos... como que todo el mundo os hace justicia... porque eso sí, la Luisa tiene pocos amigos... Yo ni me trato ya con ella.
Fernando. No hables de esas cosas á Emilia, querida mia; pudiera afligirse, y...
Emilia. ¡Oh! No por cierto.
Fernando. Con vuestro permiso...
Baronesa. ¿Ya te marchas?
Fernando. Son las cinco y media... y esta es la hora de mi cita.
Baronesa. ¡Cómo! ¡Sin darme la mano...! ¡No lo acostumbras en verdad...!

Fernando. Perdona, bien mio; lo habia olvidado.

Baronesa. Ponte, por Dios, á bastante distancia... (*Aparte á Fernando.*) no sea que reviente una pistola y...

Fernando. ¡No hay miedo! (*Saluda y vase.*)

ESCENA VI.

LA BARONESA. DOÑA CLARA. EMILIA. LEONCIO. (*Sentados.*)

Baronesa. Diez dias hace que nos casamos, y hasta ahora hemos tenido una paz admirable: Fernando es un angel; yo, la verdad sea dicha, no gusto de mosquitas muertas. Ya veis qué diferencia entre él y vuestro Marvan... El uno vivo, atolondrado, calavera, si quereis... el otro tímido, modesto, hipócrita en fin. Y á mí nunca me habia dado palabra mi Fernando, cuando á vos el conde... Vamos, Emilia mia, como que somos las dos el objeto de todas las conversaciones en Madrid. De vos dicen que habeis venido á llorar, nueva Ariadna, en estas soledades; que dia y noche le estais maldiciendo; que no dormís, ni comeis, ni... ¡qué sé yo...! Mentiras, puras mentiras todo. Pues ¿y de mí? Si os dijese lo que inventan, os habiais de reir de veras. En primer lugar pretenden que Fernando se ha casado conmigo por el interes... ¡infamia igual...! Ya sabeis que yo me vi precisada á vender cuanto tenia; que me hallaba casi en la estrechez, cuando él me habló de casarnos; pues ¿creereis que no falta quien asegure que mi amado sabia ya que yo heredaba los cuantiosos bienes de mi tio el conde, cuando dos dias despues recibí la noticia de su muerte, aunque es verdad que la carta traía ocho de atraso?

Clara. Despreciad esas torpes hablillas, como nosotros despreciamos las que nos atañen.

Baronesa. Si no hay paciencia que baste, ¡ni la de Job...! pero ya se ve, como hay tantas mas jóvenes que yo, y las enterrarán con palma, no es estaño que rabien y se desesperen al ver mi suerte... porque Fernando

es todo un buen mozo. ¿No es verdad que está mas interesante desde que nos hemos casado...? Y como tenemos dinero abundante, y triunfamos, y somos jóvenes aun, y nuestra edad no es desproporcionada... ¿Cuántos años direis que le llevo? Cuatro, nada mas que cuatro. ¡Pero si hay unas lenguas...! ¡la de Luisa sobre todo...! ¡la de vuestra inicua rival, Emilita...! ¡Si la oyerais...! ¡como el marques la dejó en cuanto le habló de boda...! El conde es mas inocente, y no será estraño...

Emilia. ¿Lo creeis asi...? (*Durante lo que resta de escena, doña Clara manifiesta enojo é inquietud; Emilia el mayor interes, y Leoncio se pasea meditabundo, ó se sienta sin tomar parte en la conversacion.*)

Baronesa. Seguramente. Ella no va á otra cosa: como ya no es niña, conoce que no tiene tiempo que perder. Aunque lo oculta, tiene cinco años mas que yo... no es esto decir que sea vieja, pero...

Emilia. Contadme, contadme lo que pasa en Madrid.

Baronesa. Es un escándalo su trato con Marvan: á todas pates van juntos; hacen gala de sus amores... en fin, se han quitado completamente la mascarilla. Anoche, segun me han referido, pues yo no estuve, porque no sienta bien á una recien casada presentarse al momento en todas partes, hubo un lance entre el marques y el conde en casa de la baronesa del Rosal.

Emilia. ¡Cómo!

Clara. ¡Baronesa...! (*Aparte á ella.*)

Baronesa. ¡Le ama! (*Aparte.*) Tranquilizaos, (*Alto.*) querida mia, no fue nada; parece que San Jacinto está enamorado otra vez de Luisa, y quiso chocar con su favorecido sucesor. No sé qué se dijeron; pero lo cierto es que quedaron citados para batirse esta tarde.

Emilia. Acabad, señora.

Baronesa. Aseguran que Marvan no despunta por lo valiente, y ademas el marques se ha dado por satisfecho. En fin, todo se concluyó esta mañana como suelen esta clase de asuntos: con un almuerzo de fonda y un fuerte apreton de manos. Este es uno de los

progresos de nuestro siglo de ilustracion. (*Se oyen dos tiros de pistola por la ventana que da al campo; todos lanzan un grito.*)

Todos. ¡Ah!!

Leoncio. (*Mirando por la ventana.*) ¡Gran Dios! (*Vase precipitado.*)

ESCENA VII.

LA BARONESA. EMILIA. DOÑA CLARA.

Baronesa. ¡Ay! ¡mi pobre Fernando!

Clara. Acaso es él...

Baronesa. No, él no; pero pueden haber errado el tiro... y como era padrino del conde...

Emilia. ¡Del conde! ¡Luego me habeis engañado!

Clara. Señora baronesa, ¿qué habeis hecho?

Baronesa. Perdonad... yo no sé... ¡Pobre muchacha!

Emilia. ¡Me habeis engañado! Cuando yo daba gracias al cielo porque me dispensaba de este dolor, ¡entonces quizás perecia...! ¡y por ella! ¡por ella!

Clara. ¡Emilia!

Emilia. Dejadme... dejadme... quiero verle... ¿No lo sabeis ya? ¿No sabeis que le idolatro? Si muere, yo tambien quiero espirar á su lado...

Baronesa. Pero ved...

Emilia. ¡Ah! No hableis vos, que os habeis complacido en derramar veneno sobre mi herida; no digais ni una sola palabra mas, porque me clavariais inhumanamente otro nuevo puñal en el alma.

Baronesa. ¡Qué desorden!

Clara. Serénate, hija mia; quizás ninguno...

Emilia. No: ¿no oísteis un lamento de muerte unirse funerario á la esplosion? ¡Era su voz! Era él... quiero verle.

Clara. ¡Emilia!

Emilia. Dejadme, dejadme...

ESCENA VIII.

Al ir á salir EMILIA, *se abre la puerta del salon, y aparece* EL CONDE *herido y sostenido por* DON FERNANDO *y* LEONCIO: EL MARQUES *y su padrino vienen detras:* EMILIA *al verle lanza un grito y cae desmayada.*

Emilia. ¡Oh! ¡No me habia engañado!
Conde. ¡Venganza de Dios! ¡Emilia...!!
Clara. ¡Justicia de Dios! ¡El conde!!

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Gabinete elegante: una sola puerta en el foro; ventanas á los lados. — A la izquierda un lecho colgado, y en él reclinado sobre almohadones el conde de Marvan. — Candelabros con bujias.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE. EMILIA. DOÑA CLARA. LEONCIO. EL MARQUES.

(*Al alzarse el telon está el conde sin sentido. Emilia, en el mayor abatimiento, á su lado: los demas personages en segundo término.*)

Clara. El pronóstico del facultativo ha sido fatal. Tan solo, nos ha dicho, le resta esta noche de vida.

Marques. ¡Ah...! ¡Qué odioso debo pareceros...!

Leoncio. Es menester que partais: yo mismo voy á disponerlo todo para vuestra fuga. No ignorais el rigor con que ahora se persigue á los duelistas.

Marques. ¿Y qué me importa morir...? Ayer perdí la felicidad: hoy he perdido el sosiego de mi conciencia... Escuchadme, señora: yo bien sé que hay manchas que no borra sino la mano de Dios; que hay faltas para las cuales no existe espiacion suficiente. La mia es una de ellas... sin embargo, yo quisiera atenuarla al menos. — Emilia no es hija vuestra...

Clara. ¡Como! ¿Sabeis...?

Marques. Sí: ese secreto que arrancó al conde esa funesta muger, no lo es ya para nadie. Puesto que no tiene nombre, fortuna ni familia, permitidme que yo la ceda todo esto: consentid en que Emilia herede pronto, ¡muy pronto! los bienes y el título de San Jacinto... ¡Oh...! No... no repliqueis... Vos sois buena, y

no querreis destruir esta última ilusion, que la desgracia las tiene como la juventud... Dejadme creer que Emilia me odiará menos, si sabe que algun dia el mundo la ha de saludar con el título del matador de su esposo. — Ambos me han perdonado, ya lo oísteis; ambos han abrazado al hombre que los separa en la tierra... Ambos aceptarán tambien mi pobre don. — Yo no tengo hijos, ni parientes, ni personas que me amen; permitid que yo cree á esa pobre niña huérfana y desvalida, ya que no de ventura, un porvenir al menos de opulencia. — Que mañana cuando vos falteis no quede sin arrimo en el mundo...

Clara. Teneis razon... (*Mirando á Leoncio, que baja la vista.*) ¡Tú, hijo mio, no puedes vivir con ella... bien lo sabes...!!

Leoncio. Es verdad.

Marques. ¿Aceptais, no es cierto?

Clara. Sí, acepto vuestro apoyo y vuestro nombre para Emilia.

Marques. ¡Gracias, señora, gracias...! Pero es preciso que hablemos despacio... es menester que la adopcion se haga en debida forma...

Clara. Tú, entre tanto, disponlo todo para su fuga. (*A Leoncio.*) Venid, señor marques, venid; cualquier demora pudiera seros funesta. (*Salen.*)

ESCENA II.

EL CONDE. EMILIA.

(*Momento de silencio. Emilia contempla con ansiedad al conde: despues le pone la mano sobre el corazon.*)

Emilia. ¡Aun late...! ¡Pero Dios mio! ¡qué lentamente...! ¡Ya se revela la muerte en ese semblante pálido! ¡Ah...! ¡Si sus ojos no han de volverse á abrir jamas, que los mios se cierren tambien ahora para siempre...! (*Apoya la cabeza contra el lecho.*)

Conde. (*Incorporándose poco á poco.*) ¡Emilia! ¡mi querida Emilia! ¿dónde estamos...?

Emilia. ¡Es su voz...! ¡es su voz...!

Conde. Ya lo veo; estoy á tu lado... ¡tú no me abandonas...!

Emilia. ¡Abandonarte! ¿Pudiste creerlo?

Conde. Hubieras sido justa, Emilia, repudiando al borde de la tumba, al mismo que te fue infiel en medio de la vida y del amor.

Emilia. No hablemos de eso; no quiero pensar en aquellos tiempos que pasaron para nunca volver... Pensemos en la dicha que se nos prepara. ¡Vamos á ser tan felices...!

Conde. En el cielo, porque allí tienes tu puesto señalado, y porque tú rogarás al Señor que cuando yo me aparte de tí en la tierra, no prolongue mas nuestra separacion; y Dios nunca desoye las súplicas de sus ángeles. — Pero si quieres que viva aun algunas horas, si quieres escuchar todavía mi voz, no me dirijas esas palabras tan dulces, tan amorosas... Véngate, injúriame, despréciame... ¡todo, todo lo merezco!

Emilia. ¡No, no!

Conde. Emilia, te he hecho muy desgraciada... he sido muy culpable para contigo... Pero tú me perdonas, lo sé, sin que me lo digas... penetro en el fondo de tu alma... ¿Por qué en vez de acabarse, no empieza hoy mi vida...? Yo te la dedicaría toda entera... ¿Lo crees, no es verdad, lo crees?

Emilia. Yo te amo, Enrique, y todo lo creo... Vuelve, vuelve á la existencia, y despues...

Conde. Acaba...

Emilia. Te amaré...

Conde. Pero dudas que yo...

Emilia. ¡Te amaré, te amaré siempre...!

Conde. (*Incorporándose para abrazarla.*) ¡Angel del cielo...! (*Cae al suelo un retrato.*) ¿Qué es eso?

Emilia. (*Alzándolo.*) ¡Oh...! (*Se lo presenta.*)

Conde. (*Friamente.*) Es el retrato de Luisa... rómpase tambien como se rompió su imagen en mi corazon. (*Arroja el retrato, que se hace pedazos.*) ¡No lo dudes, Emilia, no creas que cuando ha unido el ministro de Dios nuestras manos, que cuando mis labios han pronunciado un juramento sagrado, aun puedo

conservar al lado de tu celestial recuerdo, el de la muger que me perdió...! Hoy no la amo, no; yo te lo juro... hoy, Emilia mia, tampoco la aborrezco, porque no se aborrece al borde del sepulcro... ¿Me crees?

Emilia. ¡Sí... sí...!

Conde. Si ahora viniese aqui desolada, á pedirme una palabra; si viniese á solicitar una mirada amorosa para salvar su vida, yo no podria otorgársela, porque mi corazon solo es tuyo, y en estos tristes momentos que preceden á la muerte, no me perdonaría Dios si repartiese mi afecto entre mi esposa legítima y otra muger... ¿Me crees...?

Emilia. Vive... vive y te creeré...

Conde. Sí; hasta en los dias febriles de mi pasion, en esos breves instantes que he pasado en mi estravío, yo te amaba aun como siempre... Tu imagen estaba aqui, en mi corazon... y para no mancillarla, yo apartaba todas las ideas mundanas, todos los deseos impuros cuando me dedicaba á ella solamente. Dias hubo en que repelí con horror las caricias de Luisa... no te estremezcas al oir ese nombre... ¿no ves con qué serenidad lo pronuncio yo?

Emilia. No, no es de miedo... es de dolor, es de envidia, porque ella oyó tus juramentos y poseyó tu cariño tanto tiempo, y yo solo junto á la tumba lo poseo.

Conde. Pero aquellos eran bastardos; aquel cariño era ficticio... era el sentimiento material, Emilia mia... era el amor del hombre á la muger, y el que yo te profeso es el amor de Dios á sus criaturas.

Emilia. ¡Oh...! ¡vive, vive...! (*Estrechando una mano del conde contra su corazon.— Abrese la puerta del gabinete y aparece Luisa.*)

ESCENA III.

DICHOS. LUISA.

Luisa. ¡No hay nadie, nadie...! Todo está desierto... ¡Dios mio...!

Emilia. (*Viéndola.*) ¡Ah...! ¿qué quereis?

Luisa. (*Lanzándose hácia el lecho y cayendo de ro-*

dillas.) ¡Enrique! ¡Enrique mio...! ¡Yo soy la que te he asesinado...! Pero mírame aqui, ¡vengo á morir contigo...!

Conde. (*Volviendo la cabeza hácia Emilia.*) ¡Emilia...! ¡Mi querida Emilia...! ¡No te separes de mí...! ¡Te necesito mas que nunca...!

Luisa. (*Confundida y poniéndose en pie.*) ¡Oh!! ¿Qué he oido...? Enrique, ¿dónde estás? ¡No, tú no eres el que acaba de hablar...! ¿En dónde estan tus ojos...? ¿En dónde tu corazon...? ¡Ah! lo conozco: ¡hasta ahora no habia sido desgraciada!! (*Pausa: mira al conde, que aparta la vista: en un acceso de delirio se arroja luego hácia el lecho, y juntando las manos esclama:*) ¡Mírame, mírame por compasion...! Enrique, ¿qué se ha hecho de tu cariño...? ¿Es posible que ya no llegue mi voz á tu alma...? Por Dios, dime que no me amas... dime que me aborreces, pero al menos responde, habla á tu Luisa. ¿Qué te he hecho yo...? No es mia la culpa si tanto te idolatraba que todo lo olvidé... ¡Ay...! ¡vuelve los ojos...! ¡aunque vea en ellos pintado el odio y el desprecio, mírame por piedad...! (*Nueva pausa.*) Ni una palabra... ¡Oh! (*Sacando un puñal del seno.*) ¿Te acuerdas cuando tanto me amabas? (*Emilia levanta la cabeza y la mira.*) Sí: cuando me amaba, ¿oís...? Yo te prometí morir el dia en que me olvidases, ¡y tú me lo juraste tambien...! Hoy es cuando debo cumplir mi juramento... Toma, toma... ¡véngate!

Emilia. (*Levantándose.*) ¡En nombre del cielo...! ¡callad!

Luisa. ¿Y quién sois vos para reconvenirme? ¿Qué quereis...? ¿Con qué derecho estais velando á su lado? ¿Quién os ha puesto ahí...? El derecho de recoger su último suspiro es de la que ha sabido amar con mayor vehemencia; de la que quiere morir cuando él muera...

Conde. Vive tú, Emilia mia; vive para rogar al cielo por mí: ese es el cariño mas verdadero. Si alguno te pregunta por qué has asistido en su lecho de muerte al que fue capaz de olvidarte en la vida, respóndele, que porque tú has sido generosa y le perdonaste, y aun le concediste el título de esposo tuyo: dile que el

ministro de Dios unió aqui mismo nuestras manos...

Luisa. ¡Eso no es cierto! (*Fuera de sí.*) ¡Eso es una mentira atroz...! (*Pausa.*) ¡Con que solo para mí ha enmudecido...! ¡Con que solo un nombre repite su labio...! Enrique... Enrique... (*Arrojándose á sus pies.*) Piedad de mí... Misericordia... Una palabra... una palabra no mas... (*A Emilia.*) ¡Perdonadme tambien vos... y rogadle que me dirija una sola palabra...!! ¡Emilia, sed generosa...!

Emilia. (*En tono de súplica.*) ¡Enrique...!

Conde. (*Volviéndose hácia Luisa, y mirándola.*) ¡Perdon...! (*A Emilia.*) Te he complacido.

Luisa. ¡Ah! ¡solo por ella! (*Con desesperacion.*)

Conde. Emilia, el cielo ha contado ya los instantes que me restan de vida... Mis últimos pensamientos son para Dios y para tí únicamente... Di á los que me han perdido que los perdono... y que rogaré tambien por ellos... (*Luisa hace un movimiento y se apodera de una de las manos del conde; Emilia estrecha la otra.*)

Emilia. ¡Enrique!

Luisa. ¡Piedad de mí!

Conde. Solo á tí... (*A Emilia.*) solo á tí... ¡te amo...! (*Deja caer la cabeza sobre los almohadones y espira. Luisa y Emilia, que estan de rodillas junto al lecho, al escuchar su último suspiro, dan un grito agudo y sueltan su mano.*)

Emilia. ¡Ah...!

Luisa. ¡Muerto!! (*Pausa: al cabo de ella se levanta Emilia con dignidad, y corriendo las cortinas del lecho cubre el cadáver del conde.*)

Emilia. ¿Qué aguardais?

Luisa. (*Levantándose.*) ¿Y vos me lo decís? ¿A mí, que os lo iba á preguntar ahora? Mientras vivió pudo ser vuestro: muerto ya, solo á mí me pertenece. ¡Yo le he asesinado, decís...! Pues bien, quiero sus restos: ¿y quién se atreverá á disputármelos? Son mios... son obra mia... Si quereis acusarme de homicidio, hacedlo: cuando vengan á arrancarme de este sitio, repetiré que yo le he asesinado... Idos... nada teneis que hacer aqui... ¿No os dijo que os amaba? ¿No habeis

visto que ni una palabra me ha dirigido? ¿No habeis visto que siquiera me ha mirado? Marchad... dejadme con él.

Emilia. Quedaros á su lado es en vos un crimen... en mí un deber...

Luisa. ¿Por qué...? ¿Porque en su agonía, y cuando el temor de Dios hace temblar al hombre, ha querido reparar una falta, y os ha dado la mano de esposo...? Pero sabedlo, imprudente: si á vos os legó su nombre y su clase; si ha querido daros su fortuna, era porque á mí me dejaba un presente mas rico... porque todas esas palabras amorosas que han salido de su boca, dirigidas á vos, eran para mí, para mí sola... porque él despreciaba vuestro cariño, ¡y solo, solo al mio correspondia...!

Emilia. ¡Mentís... mentís é insultais su memoria...!

Luisa. ¿Qué títulos tenias tú á su amor, pobre niña...? ¿Habias desdeñado la murmuracion del mundo, habias desoido sus injurias, habias rechazado toda idea de ambicion y de codicia, habias dicho como yo: "No quiero mas que tu cariño; no quiero tu clase, ni tus riquezas, ni tus títulos?" No: tú solo anhelabas su fausto y su opulencia; tú querias que el mundo te acatase... tú querias, pobre espósita, sin familia, sin nombre, comprar ambas cosas con apariencias hipócritas...

Emilia. Silencio, silencio, señora... ¿No temeis que Enrique levante el crespon fúnebre de su mortaja para deciros que mentís...? Callad: no compareis vuestro amor impuro y bastardo, con mi amor casto y desinteresado... no confundais en un mismo sentimiento dos pasiones que con distintos nombres se califican... Salid de aqui: mirad que estoy en mi casa y junto al lecho de mi esposo... Aqui solo debe permanecer una de nosotras dos, y la que ha de quedar no sois vos... ¡Salid!

Luisa. No... no me separaré de su lado.

Emilia. Vuestra presencia es un sacrilegio, y no la toleraré. Si nada han podido con vos las súplicas, emplearé mi autoridad, y...

Luisa. ¿Y crees que todo no se estrellará ante mi vo-

luntad firme y decidida? ¿Piensas que despreciaré menos las unas que la otra? Guárdate bien de insultarme ni de exasperarme... ¿No ves que hoy se ha roto el solo vínculo que me unia á la vida...? No me ultrajes, pobre niña, no me ultrajes, ó... todo debes temerlo de mí. (*Frenética, y tomando el puñal que dejó sobre la mesa inmediata al lecho.*)

Emilia. Os he dicho que estoy en mi casa, y quiero por tanto ser obedecida. Por última vez, señora; la condesa de Marvan ordena á la dama de su esposo que se aleje de este sitio.

Luisa. ¡Oh...! ¡tú lo has querido! (*Levanta el puñal para herirla: en aquel momento aparece el marques, que lanza un grito de espanto.*)

ESCENA IV.

DICHAS. EL MARQUES. *Luego* DOÑA CLARA *y* LEONCIO.

Marques. (*Corriendo hácia Luisa con un papel en la mano.*) ¡Detente...! ¡Desdichada...! ¡Es tu hija!! (*La presenta el papel.*)

Luisa. (*Soltando el puñal.*) ¡Ah!!!

Emilia. ¡Gran Dios!!

Luisa. (*De rodillas.*) ¡Misericordia...! ¡Misericordia...!!!

Emilia. ¡Su hija!! (*Momento de lucha.*) ¡Madre!! ¡Olvido y perdon...! (*Abriéndola los brazos.*)

Luisa. (*Precipitándose en ellos.*) ¡Hija mia!!

FIN DEL DRAMA.

Se halla en Madrid en las librerias de Escamilla, *calle de Carretas; en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Habana.....	*Alegria.*
Cádiz.....	*Hortal y compañía.*
Barcelona.....	*Piferrer.*
Valladolid.....	*Rodriguez*
Zaragoza.....	*Yagüe.*
Granada.....	*Sanz.*
Valencia.....	*Mallen.*
Coruña.....	*Perez.*
Burgos.....	*Arnaiz.*
Vitoria.....	*Hormilugue.*
Santander.....	*Martinez.*
Santiago.....	*Rey Romero.*
Sevilla.....	*Caro Cartaya.*
Oviedo.....	*Longoria.*
Salamanca.....	*Moran.*
Málaga.....	*Viuda de Aguilar*
Murcia.....	*Benedicto.*
Pamplona.....	*Suarez.*
Córdoba.....	*Berard.*
Badajoz.....	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Alcoy.....	*Cabrera.*
Jerez.....	*Bueno.*
Palencia.....	*Pastor.*